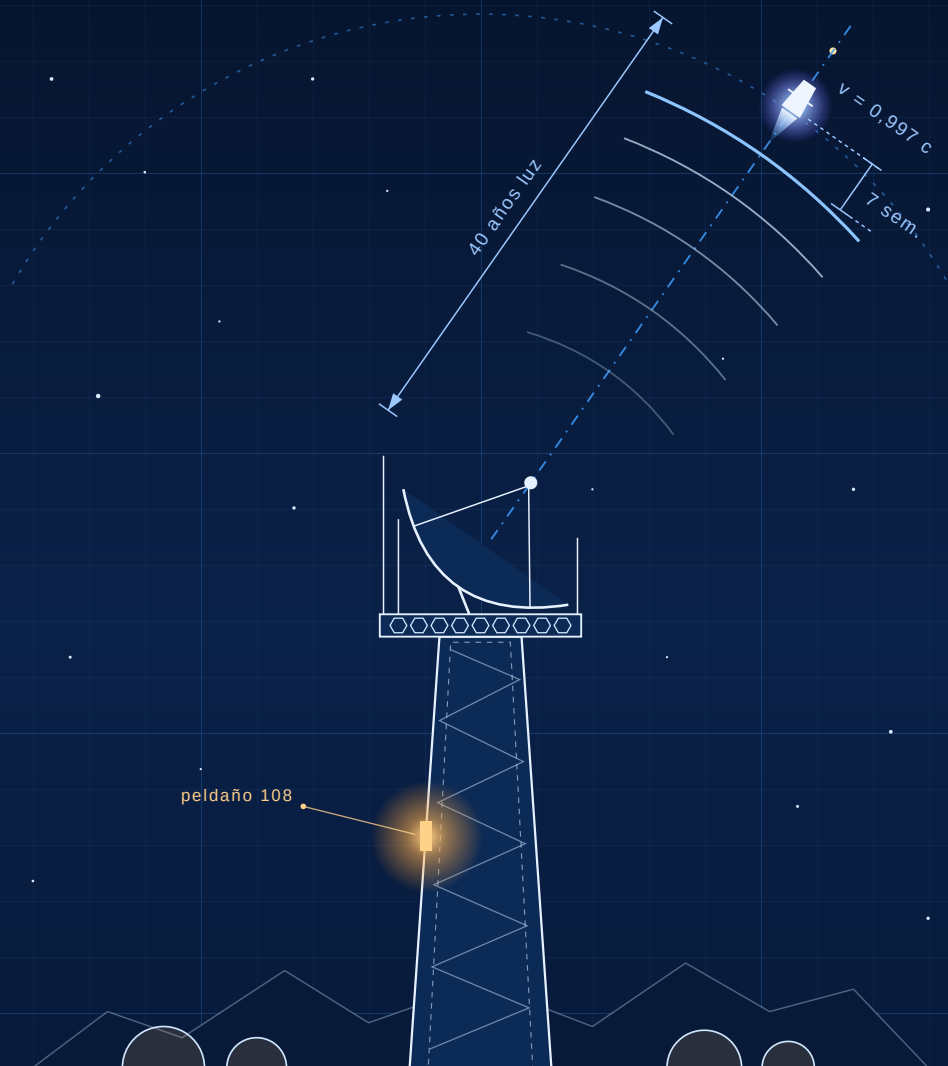


Los que *llegan tarde*

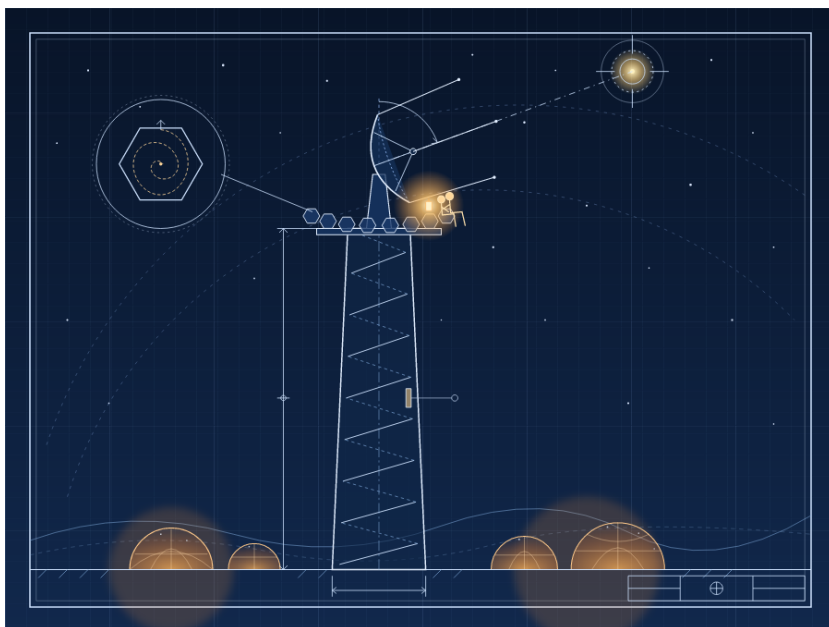


Los que llegan tarde

Tomás Arrieta y Marlon Falcón

Ilustraciones de Marta Ibarra

MarlonBooks



La Oreja, en sección, escuchando el cielo vacío sobre el valle.

CAPÍTULO 1

El faro

Odila Marsán contaba los peldaños aunque hacía cuarenta años que los sabía de memoria. Doscientos doce, en espiral, con una pausa obligatoria en el ciento ocho, donde una ventana estrecha dejaba ver el valle todavía azul y las cúpulas de los invernaderos encendidas como brasas bajo la escarcha. Allí se detenía siempre, apoyaba la mano en la piedra fría y esperaba a que la rodilla izquierda dejara de protestar. No era cansancio, se decía. Era respeto por la altura.

Arriba la esperaba la Oreja. Así la llamaban en el pueblo desde antes de que ella naciera: una corona de espejos hexagonales alrededor de un plato enorme, inclinado hacia un punto del cielo que nadie sabía nombrar, y tres antenas delgadas como agujas de tejer. De

noche, cuando la escarcha cubría los espejos, la torre parecía un animal dormido que escuchaba algo muy lejano. De día no parecía nada; solo una rareza, una herencia de los fundadores que los niños dibujaban en la escuela sin preguntarse para qué servía.

Odila abrió la trampilla, encendió el farol y empezó.

Primero, los espejos. Uno por uno, con el paño de lana y el alcohol del alambique, en el orden que le había enseñado Benicio Ulla: de norte a sur, en espiral hacia el centro, sin saltarse ninguno aunque estuviera limpio. Benicio decía que un espejo limpio también necesita que lo miren. Ella nunca había entendido del todo la frase, pero la repetía en voz baja mientras frotaba, como quien reza sin saber a quién.

Después, los cojinetes del plato. Media gota de aceite en cada uno, ni más ni menos. Un cuarto de vuelta hacia el este con la manivela, un cuarto de vuelta de regreso, y comprobar con el ojo pegado al visor de bronce que la estrella guía, una chispa amarillenta que los manuales llamaban con un nombre impronunciable, quedara exactamente en la cruz de los hilos. Casi siempre quedaba. Cuando no, Odila ajustaba los tornillos con una paciencia que a ella misma le parecía excesiva.

Por último, la escucha. Se ponía los auriculares de cuero gastado, giraba la perilla grande hasta la marca roja y cerraba los ojos.

Lo que se oía era un siseo. Un rumor parejo, como lluvia fina sobre un techo muy lejano. Benicio le había dicho que era el sonido del cielo vacío, y a ella, de niña, eso le había dado miedo. Ahora le daba compañía. Escuchaba diez minutos, contados en el reloj de arena, y luego anotaba en el cuaderno grande, el de tapas de cuero que no salía nunca de la torre: la fecha, el estado de los espejos, la palabra «escucha» y al lado, como siempre, «sin novedad».

Benicio lo había aprendido de Aurelia Sanz, y Aurelia de alguien cuyo nombre estaba más atrás en el cuaderno, con una letra que se inclinaba hacia la izquierda. Y así hacia atrás, guardián tras guardián,

hasta la primera página, escrita por Clara Marsán, que había levantado la torre con sus propias manos cuando la colonia era apenas un puñado de refugios y una esperanza. Odila no descendía de ella, o eso creía; Marsán era un apellido común en el valle. Pero a veces, limpiando los espejos, le gustaba imaginar que sí.

Oyó pasos en la escalera, rápidos y desaparejos. Lino asomó por la trampilla con el pelo revuelto y un termo bajo el brazo.

—Llegué tarde —dijo, sin aliento.

—Llegaste cuando llegaste —respondió ella—. Los espejos ya están. Te dejé los cojinetes del norte.

El muchacho sirvió la infusión en dos tazas, le alcanzó una y se puso a trabajar. Tenía quince años, unas manos grandes que todavía no sabía dónde poner y una seriedad repentina cuando se concentraba que a Odila le recordaba a alguien, aunque no sabía a quién. Lo había elegido porque era el único niño que, años atrás, había subido los doscientos doce peldaños solo para preguntarle qué escuchaba. Ella le había prestado los auriculares. Él había oído el siseo y había dicho que sonaba como el mar de los cuentos. Desde entonces subía cada mañana.

—¿Para qué es la media gota? —preguntó él, con el aceitero en alto.

—Para que gire bien.

—¿Y para qué tiene que girar?

Odila sopló la taza.

—Porque Benicio la hacía girar.

Lino sonrió sin malicia y aplicó la media gota. Ella sabía que el chico no creía en la torre. Nadie en el valle creía en la torre, en realidad. Pero Lino subía igual, por ella, y había algo en esa lealtad sin fe que la conmovía más de lo que estaba dispuesta a admitir.

A media mañana bajaron juntos a la plaza. La Junta de Aguas se

reunía en el galpón de las bombas, entre los tanques y el olor a tierra mojada, y aquel día habían pedido que Odila asistiera. Ella ya sabía por qué. Lo sabía desde que había visto, días atrás, a dos técnicos midiendo los espejos con cintas y anotando cifras en un papel.

Ramira Echeverz presidía la Junta. Había sido alumna de Odila en la escuela, cuando Odila todavía enseñaba números a los niños, y tenía la delicadeza de no mirarla mientras hablaba de la torre.

Las razones eran buenas. Odila tuvo que reconocerlo mientras las escuchaba. Los meteorólogos anunciaban un invierno largo, el más largo en treinta años. El tercer invernadero había perdido la mitad de la cosecha de raíces el año anterior por falta de luz. La Oreja consumía, solo para mantener encendidos sus receptores, casi un tercio de la energía que almacenaban los paneles del norte. Y sus espejos, bien orientados sobre las cúpulas, podían concentrar el sol escaso de los meses fríos y salvar semanas de alimento.

—Nadie sabe para qué sirve —dijo Ramira por fin, con suavidad—. Ni siquiera tú, Odila. Perdóname.

—No hay nada que perdonar —respondió ella—. Es verdad.

Hubo un silencio. Alguien carraspeó. Odila pensó en decir que la torre había estado allí doscientos treinta años, que cada guardián había escrito su nombre en el cuaderno, que Clara Marsán no la habría construido sin un motivo. Pero eso no era un argumento. Era una costumbre. Y una costumbre no calienta a nadie en invierno.

La Junta votó por unanimidad. La Oreja sería desmontada antes de la primera nevada.

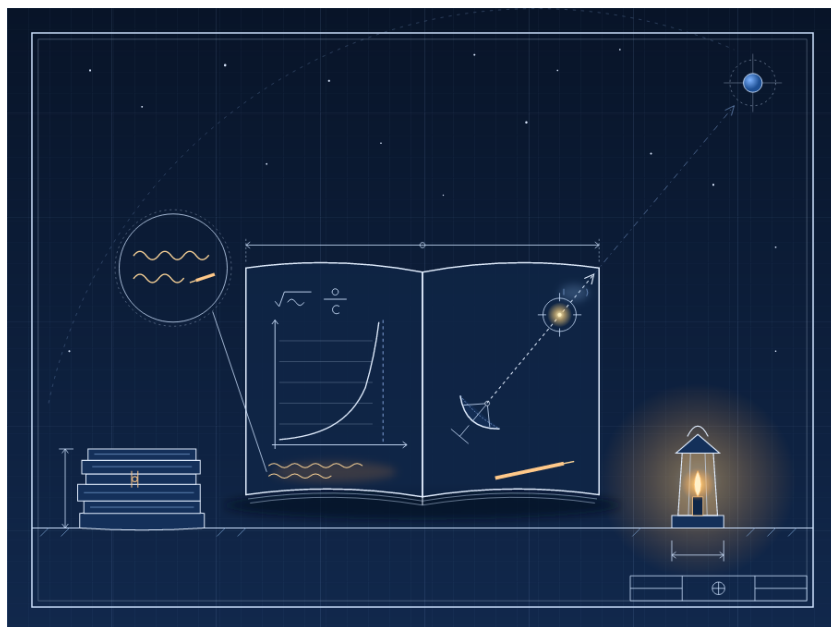
Esa tarde volvieron a subir, aunque no les tocaba. Lino no preguntó por qué. Se sentaron en el borde de la plataforma, con las piernas colgando sobre el valle, y vieron cómo el cielo se ponía violeta y luego negro, y cómo aparecían las estrellas una a una, sin prisa, como si alguien las encendiera a mano.

—Si quieres, te ayudo a desarmarla —dijo Lino al rato—. Para que lo hagan bien. Para que no rompan nada.

Odila asintió. Luego abrió el cuaderno grande y escribió la fecha, el estado de los espejos y la palabra «escucha». Dudó un momento con el lápiz en el aire.

Después escribió, como siempre, «sin novedad».

Más tarde, ya en su casa, se quedó mirando la repisa donde dormían los manuales de los fundadores, gruesos, amarillentos, escritos en un español antiguo que ella apenas entendía. Hacía años que no los abría. Pensó que quizá, antes de la nieve, valía la pena intentarlo una vez más.



En el margen, una frase que nadie debía olvidar.

CAPÍTULO 2

Lo que dicen los manuales

Los manuales eran siete y ocupaban casi toda la repisa. Odila los bajó uno por uno, con el mismo cuidado con que limpiaba los espejos, y los apiló sobre la mesa de la cocina junto al farol. El primero tenía las tapas abombadas por la humedad de alguna estación olvidada. El cuarto había perdido el lomo y se sostenía con un cordel. El séptimo olía a resina, como si alguien lo hubiera guardado durante años en un cajón de madera nueva.

Puso agua a calentar, se envolvió las piernas con la manta y abrió el primero.

Recordaba haberlo intentado de joven, cuando Benicio todavía vivía, y haberse rendido en la tercera página. Ahora avanzaba más

despacio y con menos orgullo, y eso ayudaba. El español de los fundadores era el suyo y no lo era. Las palabras se parecían a las del valle como se parecen dos hermanos que crecieron lejos: reconocía la forma de la cara, pero no siempre la voz. «Proceda a verificar la alineación del reflector primario antes de cada ciclo de escucha.» Eso lo entendía. Reflector primario era el plato grande; ciclo de escucha eran sus diez minutos con el reloj de arena. Había hecho aquello toda su vida sin saber que tenía nombre.

Otras frases se le cerraban como puertas. «Ante cualquier anomalía en la recepción, notifique de inmediato al centro de control.» Odila leyó la línea cuatro veces. En el valle nadie había oído hablar de un centro de control. Pensó en el galpón de las bombas, en Ramira sentada entre los tanques, y sonrió sin querer.

Las fórmulas eran otra cosa. Las fórmulas no envejecían. Había enseñado números durante treinta años y ciertas figuras le resultaban familiares, como caras vistas en una feria: una raíz cuadrada, una fracción con la letra ce abajo, una curva que subía despacio y de pronto se disparaba hacia el cielo, casi vertical, sin llegar nunca a tocar una línea punteada. Debajo, alguien había escrito: «límite». No supo qué era lo que no se podía alcanzar, pero la curva le pareció hermosa y triste, como alguien que corre hacia una puerta que se aleja.

En el tercer manual, entre dos diagramas del sistema de cojinetes, encontró la frase.

Estaba escrita a lápiz, en el margen, con una letra pequeña y firme que no pertenecía a la imprenta: «Mantengan el faro encendido. Vendrán otros».

Odila se quedó quieta. El agua había empezado a hervir y no se levantó a apartarla. Leyó la frase hasta que dejó de parecerle una frase y se volvió solo una forma, y entonces la leyó otra vez.

Faro. En el valle nadie llamaba así a la torre. La llamaban la Oreja, porque escuchaba. Pero quien había escrito aquello pensaba en otra

cosa: en algo que no solo oye, sino que alumbra. Algo hacia lo cual se viaja.

Siguió buscando. La encontró de nuevo en el quinto manual, junto a una tabla de consumos, escrita con otra letra, más redonda y apurada. Y en el sexto, debajo de un esquema de las antenas, con una caligrafía que se inclinaba hacia la izquierda. Odila sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío de la cocina. Conocía esa letra. Estaba en el cuaderno grande, unas cuantas páginas antes de Aurelia Sanz.

Los guardianes la habían ido copiando. Uno tras otro, en distintos manuales, como quien deja una piedra sobre otra para marcar un camino. Y en algún momento, antes de Benicio o quizá con él, alguien había dejado de copiarla. El ritual había seguido intacto: la media gota, el cuarto de vuelta, el paño de lana. Lo que se había perdido era la razón.

En el séptimo manual la frase no aparecía. Pero en la última página había un diagrama que ella nunca había visto: el plato de la Oreja, la estrella guía dentro de un círculo y, más allá, una línea punteada que seguía hacia el borde del papel y terminaba en una flecha. Junto a la flecha había una palabra que la humedad había borrado casi por completo. Solo quedaban una *te* mayúscula y, al final, una *a*.

Odila apagó el farol cerca del amanecer y no durmió.

Lino llegó a la torre con el termo y la encontró sentada junto a la trampilla, con el tercer manual abierto sobre las rodillas. Ella no dijo nada. Le señaló el margen con el dedo.

El muchacho leyó en voz alta, despacio, tropezando con la palabra «encendido», que en el valle se pronunciaba distinto.

—¿Otros quiénes? —preguntó.

—No sé.

Lino se rascó la nuca. Después, casi avergonzado, tarareó unos compases. Odila los reconoció enseguida. Era la canción de cuna que todas las madres del valle cantaban, la de la casa azul detrás del cielo, donde vivían los abuelos de los abuelos, que un día iban a venir con las manos llenas de semillas. Ella misma la había cantado en la escuela, para calmar a los más pequeños en los días de tormenta.

—Mi abuela decía que la Tierra era eso —dijo Lino—. La casa azul. Pero es un cuento, Odila.

—Ya sé que es un cuento —respondió ella—. Pero alguien lo escribió en un manual de cojinetes.

Lino no contestó. Volvió a mirar la frase, y ella vio en su cara la misma seriedad repentina de cuando se concentraba, la que le recordaba a alguien.

Pidió hablar ante la Junta dos días después. Llevó los siete manuales en una bolsa de tela y los dejó sobre la mesa del galpón, entre los tanques, sin abrirlos todavía. Había decidido no hablar de la casa azul. Nadie iba a cambiar un voto por una canción de cuna, y no habría sido justo pedirlo.

—No vengo a decirles que estaban equivocados —empezó—. Las razones de la Junta son buenas. Sigo sin saber para qué sirve la torre.

Abrió el tercer manual, luego el quinto y luego el sexto, y los fue pasando de mano en mano. Explicó lo de las letras distintas y lo del cuaderno grande. Explicó que los guardianes habían copiado la frase durante generaciones y que en algún momento la habían olvidado.

—Lo que les pido es poco —dijo después, y sacó una hoja con sus cálculos—. Los receptores se pueden apagar de día. Según las tablas de los fundadores, que esta vez sí entendí, la escucha nocturna consume menos de la décima parte. Los espejos se quedan donde están hasta el deshielo. Si para entonces no ha pasado nada, yo misma los bajo y los llevo a los invernaderos. Con mis manos y con las de Lino.

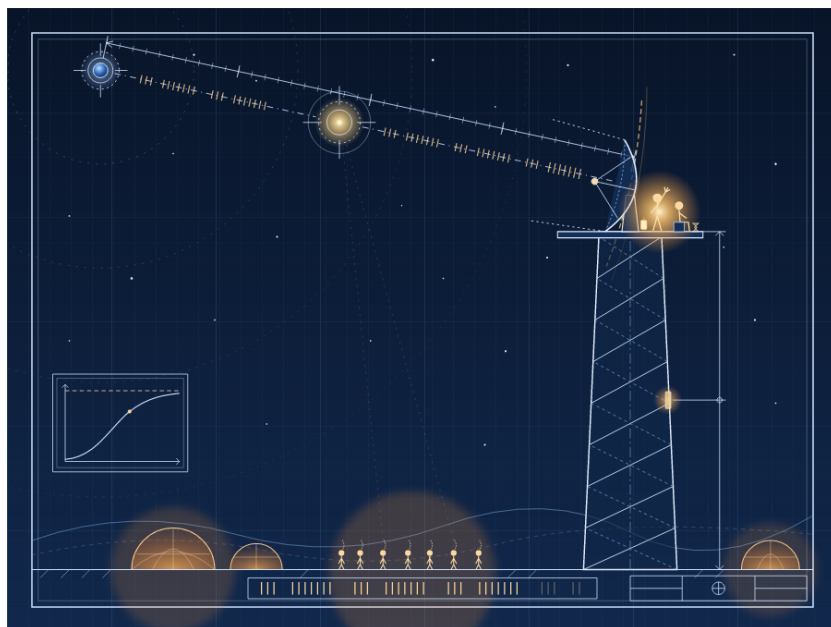
Ramira miró la hoja largo rato. Fermín Aldao, el más viejo de la Junta, había tomado el sexto manual y pasaba el pulgar por la letra inclinada, como si quisiera sentirla.

—Una estación —dijo Ramira por fin—. Solo una, Odila.

La votación no fue unánime, pero bastó.

Esa noche, Odila subió los doscientos doce peldaños sin detenerse en el ciento ocho. Limpió los espejos, aceitó los cojinetes y escuchó el siseo durante diez minutos exactos. En el cuaderno grande anotó la fecha, el estado de los espejos y la palabra «escucha», y al lado, como siempre, «sin novedad».

Después, en el margen, con letra pequeña y firme, copió la frase. Para que no volviera a perderse.



Tres pulsos, siete pulsos: cuarenta años de viaje hasta la torre.

CAPÍTULO 3

Una voz con cuarenta años de retraso

Ocurrió en la vigésima tercera noche de la estación concedida, cuando la escarcha ya no se derretía ni al mediodía y el valle entero olía a leña.

Lino tenía los auriculares puestos. Odila le cedía la escucha cada vez más a menudo, con la excusa de la rodilla, aunque los dos sabían que no era la rodilla. Ella estaba sentada junto a la trampilla, contando los granos que caían en el reloj de arena, cuando vio que el muchacho levantaba la mano. No la agitaba, solo la sostenía en el aire, abierta, como quien pide silencio en una habitación donde nadie habla.

—Hay algo —dijo.

—Es el viento en las antenas.

—No. Escucha.

Le pasó los auriculares. Odila se los acomodó despacio, cerró los ojos y encontró el siseo de siempre, la lluvia fina sobre el techo lejano. Iba a decir que no oía nada cuando lo oyó. Debajo del rumor, tan tenue que parecía estar imaginándolo, había un golpeteo. Tres pulsos cortos. Una pausa. Siete pulsos. Otra pausa, más larga. Y luego otra vez, con la misma cadencia, como alguien que llama a una puerta y espera, y vuelve a llamar.

El viento no cuenta, pensó. El viento no espera.

Se quitó los auriculares y abrió el cuaderno grande. Lo recorrió hacia atrás con los dedos torpes de frío, página tras página, guardián tras guardián. Buscaba una sola anotación que dijera algo distinto, una tormenta en los receptores, un ruido extraño, cualquier cosa. Encontró doscientos treinta años de «sin novedad», en letras inclinadas y rectas, apuradas y redondas. Nadie había escuchado jamás aquello.

Esa noche escribió la fecha, el estado de los espejos y la palabra «escucha». El lápiz se quedó suspendido sobre la línea más tiempo que nunca. Después, con una letra que le salió más grande de lo que quería, escribió «señal».

No bajaron. Lino corrió a buscar mantas y la pizarra pequeña de la escuela, y pasaron el resto de la noche anotando los pulsos con rayas de tiza. Al amanecer la señal se debilitó hasta perderse, y regresó a la noche siguiente a la misma hora, cuando la estrella guía volvió a quedar en la cruz de los hilos. Fue entonces cuando Odila comprendió que el plato no había estado apuntando a la estrella. Había estado apuntando a algo que estaba detrás de ella.

La clave estaba en el séptimo manual, el que olía a resina. Al final, después del diagrama de la flecha, había varias páginas de tablas que Odila siempre había tomado por inventarios. Eran columnas de

números agrupados de a dos y de a tres, con una letra al lado de cada grupo. Las letras no seguían el orden del alfabeto de la escuela. Faltaban dos que en el valle se usaban a diario y aparecían otras que ella solo había visto en los manuales.

Tardaron seis días. Lino escuchaba y marcaba los pulsos, porque tenía el oído más fino. Odila los traducía a números y los números a letras, con el séptimo manual abierto sobre las rodillas y el reloj de arena olvidado en el suelo. Se equivocaban. Volvían a empezar. Una tarde, convencidos de haber descifrado la primera palabra, descubrieron que habían leído un grupo al revés, y que lo que habían tomado por «agua» era solo ruido. Lino golpeó la pizarra con el puño y después pidió perdón a la pizarra, y Odila se rio por primera vez en una semana.

Lo que los salvó fue que el mensaje se repetía. Lo que se perdía en una noche por culpa del viento o de una nube aparecía entero en la siguiente. Hueco a hueco, como quien remienda una red, las letras fueron ocupando su lugar.

La sexta noche, Odila escribió la última palabra, dejó la tiza y le pidió a Lino que leyera, porque a ella le temblaba la voz y no quería que él lo notara.

El muchacho leyó despacio, tropezando con la pronunciación antigua:

—«Aquí Tierra. A la colonia del Valle Austral y a quienes la habiten. Hoy ha partido hacia ustedes la nave Siempreviva, con cuarenta tripulantes, semillas, herramientas y cartas de sus familias. Mantengan el faro encendido. No los hemos olvidado.»

Debajo venía una fecha, escrita en un calendario que nadie usaba desde hacía generaciones. Odila tardó una hora en convertirla con las tablas del primer manual. Cuando terminó, se quedó mirando el resultado sin decir nada.

—¿Qué pasa? —preguntó Lino.

—El primer manual dice que la casa azul está a cuarenta años de luz. Que la luz, que es lo más rápido que existe, tarda cuarenta años en llegar desde allá hasta aquí.

—¿Y?

—Que esta voz salió de la Tierra cuando yo tenía treinta y tres años. Cuando Benicio todavía subía estas escaleras. Ha estado viajando todo este tiempo, Lino, y llegó justo ahora, el invierno en que íbamos a desarmar la torre.

Lino miró el plato, y luego el cielo, y luego otra vez el plato, como si esperara ver la voz suspendida en el aire.

—Entonces la nave salió hace cuarenta años.

—Sí.

—¿Y dónde está?

Odila no respondió. Abrió el primer manual en la página de la curva que subía y subía sin tocar nunca la línea punteada, la que decía «límite», y se quedó mirándola un largo rato a la luz del farol.

Lino se lo contó a su madre durante el desayuno, y su madre a la vecina, y la vecina a la mujer que repartía el pan. Al mediodía lo sabía todo el valle, y cada uno lo sabía de una manera distinta. Para unos, la guardiana Marsán había confundido el viento con una voz, y no era raro, después de tantos años allá arriba, sola. Para otros, el muchacho se había inventado una broma que se le había ido de las manos. En el galpón de las bombas, un técnico explicó con mucha paciencia que las antenas viejas captaban toda clase de ruidos. Nadie le preguntó por qué ningún guardián los había anotado nunca.

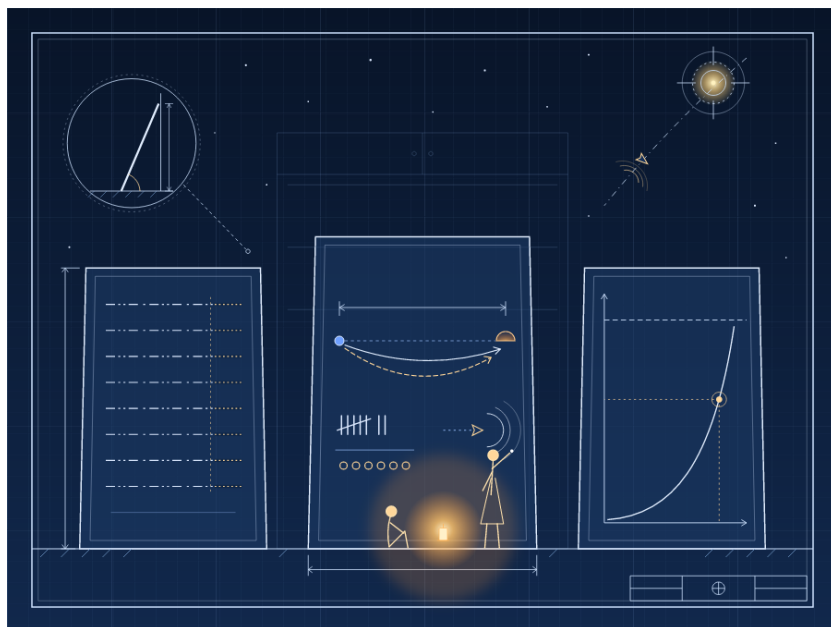
Pero esa tarde, por primera vez que alguien recordara, Ramira Echeverz subió los doscientos doce peldaños. Llegó arriba sin aliento y no se detuvo en el ciento ocho. Se puso los auriculares cuando cayó la noche y escuchó los pulsos durante mucho más de diez minutos. Al quitárselos tenía los ojos húmedos y no dijo nada. Se sentó en el

borde de la plataforma junto a Odila y se quedó así hasta que el frío las obligó a bajar.

Fermín Aldao pidió que le leyeran el mensaje tres veces, y la tercera lo copió en un papel que guardó en el bolsillo de la camisa, del lado del corazón. En la escuela, los niños cantaron la canción de la casa azul sin que nadie se lo pidiera, y la maestra no supo si debía corregirlos.

Al anochecer, Odila vio desde la ventana del peldaño ciento ocho algo que nunca había visto: gente en la plaza mirando hacia arriba. No hablaban mucho. Estaban de pie, con las manos en los bolsillos y el aliento convertido en vapor, buscando en el cielo un punto que no sabían reconocer. Parecían sostener algo demasiado grande para la casa y demasiado frágil para la calle, algo que no sabían dónde guardar.

Ella siguió subiendo. Arriba, Lino ya había limpiado los espejos.



Tres pizarras, dos flechas y una cuenta hecha tres veces.

CAPÍTULO 4

La cuenta

Las pizarras de la escuela no cabían en la cocina, así que Odila apartó la mesa contra la pared y las apoyó en el suelo, inclinadas contra la alacena, como cuadros que nadie se decide a colgar. Eran tres. En la primera seguía el mensaje entero, letra por letra, tal como lo habían arrancado del siseo. Las otras dos estaban limpias y esperaban.

—¿Y dónde está? —había preguntado Lino en la torre, y ella no había sabido contestar. Ahora tenía la intención de hacerlo.

La respuesta empezaba en algo que habían despreciado. Después de la fecha, al final de cada repetición, el mensaje traía un grupo de pulsos que no se convertía en letras. Durante seis días lo habían

anotado como ruido, una cola de golpeteos sin sentido que se arrastraba detrás de las palabras. Fue Lino quien notó que nunca cambiaba. El viento cambia, dijo, y Odila se acordó de su propia frase, de la primera noche: el viento no espera.

En la tabla del séptimo manual, esos grupos no eran letras sino cifras. Cuando las ordenaron, quedó un número que ninguno de los dos supo leer en voz alta. Odila lo escribió en la pizarra del medio, con la tiza apretada entre unos dedos que le dolían de frío: noventa y nueve enteros y siete décimas.

—¿De qué? —preguntó Lino.

—De cada cien partes de la luz.

El muchacho se sentó en el suelo, frente a las pizarras, con las rodillas abrazadas. Odila conocía esa postura. Era la de los niños que en la escuela entendían de golpe que una fracción podía ser más grande que otra aunque tuviera números más chicos.

Empezó despacio, como habría empezado con cualquier alumno. Dibujó dos puntos en los extremos de la pizarra vacía: uno era la casa azul y el otro, el valle. Entre ellos trazó una línea y escribió encima: cuarenta años de luz. Después dibujó dos flechas que partían juntas del primer punto. Una era la voz y la otra, la nave.

—La voz corre a la velocidad de la luz —dijo—. Tarda cuarenta años, ni uno más. La nave corre casi igual. Casi.

—¿Cuánto es casi?

—Eso es lo que vamos a averiguar.

Hicieron la cuenta tres veces. La primera, Odila se equivocó en un decimal y la nave llegaba dentro de siglos; Lino se quedó tan desolado que ella tuvo que mostrarle el error con el dedo. La segunda vez, Lino olvidó que la nave debía frenar y que frenar también lleva tiempo, como el carro de las bombas cuando baja la cuesta. La tercera la hicieron juntos, en voz alta, y cada uno vigilaba los números del

otro.

Cuando terminaron, la pizarra decía siete semanas. Quizá menos.

Lino leyó el resultado y no dijo nada. Odila lo vio mover los labios, contando algo, y supuso que contaba los días que faltaban para la primera nevada.

—Llega pegada a su propia voz —dijo él por fin—. Como cuando alguien grita tu nombre desde la puerta y ya está entrando.

Ella asintió. No se le habría ocurrido decirlo mejor.

Pero faltaba algo, y Odila lo sabía desde la noche en que había abierto el primer manual en la página de la curva. Lo buscó otra vez. La curva subía y subía hacia la línea punteada que decía «límite», y en el eje de abajo, en letra diminuta, alguien había escrito lo que medía. No era la distancia ni la fuerza. Era el tiempo.

Le llevó casi una hora entender el párrafo de al lado, y cuando lo entendió tuvo que sentarse.

—Para ellos no pasaron cuarenta años —dijo.

—¿Cómo que no?

—Cuanto más se acerca uno a la luz, más despacio le pasa el tiempo. No lo notan, porque todo va despacio con ellos: el corazón, los relojes, el sueño. Pero cuando lleguen...

Buscó el número en la tabla, al pie de la curva, y lo copió en la pizarra, debajo de las siete semanas. Seis años.

Lino miró el seis largo rato.

—Entonces son jóvenes —dijo—. Los que salieron cuando tú tenías mi edad, más o menos...

—Cuando yo tenía treinta y tres.

—Los que salieron entonces llegan casi iguales. Y tú tienes setenta y tres.

Odila no respondió. Pensó en Benicio subiendo los doscientos

doce peldaños mientras la nave ya viajaba, sin que él lo supiera. En los cuarenta inviernos que habían pasado por el valle y por su rodilla, y que allá afuera, para alguien, habían sido apenas seis. No supo si aquello le daba tristeza o asombro. Decidió que podía ser las dos cosas.

Quedaba la última pregunta, la que la frase del margen venía haciendo desde hacía dos siglos y medio: por qué mantener el faro encendido.

La respuesta estaba en el sexto manual, en un capítulo que Odila siempre se había saltado porque hablaba de cosas que la Oreja no hacía. Se titulaba «Aproximación». Explicaba que una nave que llega tan rápido no puede ver el valle, ni las montañas, ni el lugar exacto donde termina el cielo y empieza el suelo. Necesita una voz que le diga dónde está, segundo a segundo, mientras frena. Una voz que no escucha sino que llama.

La torre podía hacerlo. Los fundadores la habían construido para eso. Pero llamar costaba mucho más que escuchar: el manual pedía toda la energía de los paneles del norte, día y noche, durante semanas, y además las reservas de los acumuladores del sur.

Las reservas del invierno.

Odila llevó a la Junta las pizarras y dejó los manuales en casa. Las cargaron entre ella y Lino, envueltas en una manta, y las apoyaron contra los tanques del galpón de las bombas. Esa vez había más gente que de costumbre. Algunos se habían quedado de pie junto a la puerta, con los gorros en la mano.

—No les pido que crean —dijo—. Les pido que revisen la cuenta.

Y la explicó entera, desde los dos puntos y las dos flechas hasta el seis debajo de las siete semanas. No levantó la voz ni habló de la casa azul. Cuando terminó, Fermín Aldao se acercó a la pizarra con un lápiz y un papel y rehízo la división por su cuenta, despacio, mientras todos esperaban. Llegó al mismo número y lo dijo sin mirar a nadie.

Entonces habló Nerea Ibarra, la encargada de los invernaderos. Ella también traía números. Sin los acumuladores del sur, el tercer invernadero no pasaría el invierno, y el segundo, quizá tampoco. Habría que racionar las raíces desde la primavera. Las casas tendrían que calentarse solo con leña, y no había leña para tantas semanas. Lo dijo sin enojo, con la voz cansada de quien ha contado lo mismo muchas veces.

—Tus números son tan verdaderos como los suyos, Odila —dijo al final—. Ese es el problema.

Nadie la contradijo. Odila tampoco.

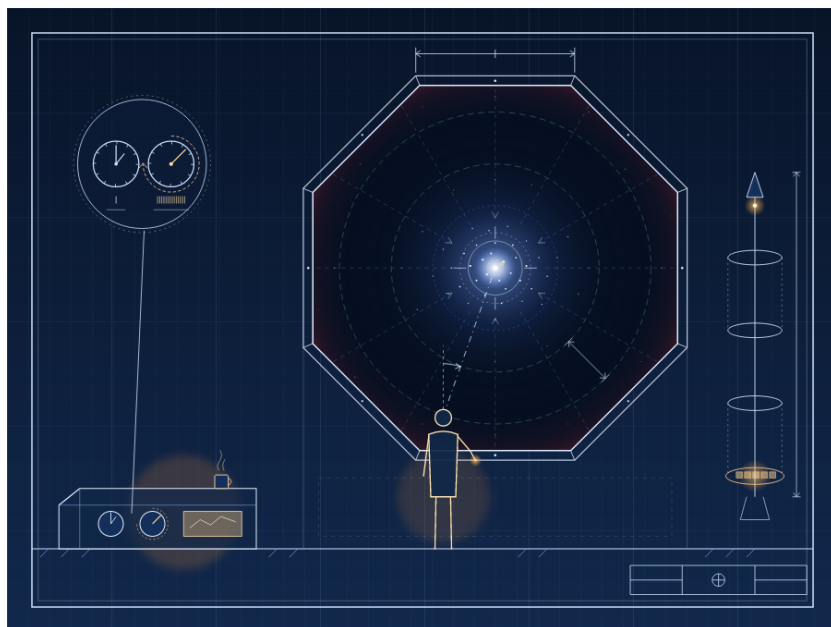
Ramira se quedó mirando las pizarras un largo rato, una al lado de la otra, como si fueran dos caminos.

—Esto no lo puede decidir la Junta sola —dijo—. Es el invierno de todos.

Convocaron a la plaza al anochecer. Vino casi todo el valle, abrigado hasta los ojos. Ramira leyó el mensaje de la Tierra y después las cifras de Nerea, sin cambiar el tono entre uno y otro. Luego pidió que levantaran la mano los que estuvieran dispuestos a pasar el invierno a oscuras.

Odila no miró las manos. Miró hacia arriba, hacia el punto detrás de la estrella guía, donde algo que hasta ayer era una canción de cuna venía frenando hacia ellos con seis años encima y siete semanas por delante.

A su lado, Lino sí miraba. Le apretó el brazo una vez, fuerte, y no se lo soltó.



Ismael frente a proa: delante, la estrella azul; detrás, el tiempo.

CAPÍTULO 5

A bordo de la Siempreviva

En la Siempreviva no había amaneceres, pero Ismael Oyarzún despertaba siempre a la misma hora, cuando los paneles del techo pasaban del ámbar al blanco con una lentitud que alguien en la Tierra había calculado para no sobresaltar a nadie. Se quedaba un momento quieto en la litera, escuchando el zumbido parejo de la nave, y después se levantaba sin encender la luz del camarote.

Lo primero era la bodega.

Bajaba por el pasillo central, dejaba atrás los dormitorios de la tripulación y los talleres, y abría la compuerta del último anillo con su llave. Allí el aire era más seco y más frío, por orden de los archiveros que habían preparado el cargamento. Las cajas estaban apiladas en

hileras numeradas, sujetas con correas: trescientas doce cajas de cartón tratado, cada una con un sello de lacre y una etiqueta escrita a mano. Ismael recorría las hileras con la lámpara de bolsillo, comprobaba los medidores de humedad y apoyaba la palma, por un instante, sobre alguna de las tapas. No hacía falta. Los sensores lo controlaban todo. Pero llevaba seis años haciéndolo, y ya no sabía si cuidaba las cartas o si las cartas lo cuidaban a él.

Había más de once mil. Algunas tenían dos siglos y medio. Las habían escrito los hermanos, los padres y los amigos de los fundadores en los meses en que la primera nave se alejaba, cuando todavía no se sabía si llegaría. No había manera de mandarlas, así que las guardaron. Después las guardaron sus hijos, y después los hijos de sus hijos, en un archivo que con los años se volvió casi una institución, con edificio propio y visitas escolares. Otras eran recientes: cartas de bisnietos lejanos que nunca habían conocido a nadie del Valle Austral y que, aun así, habían querido escribir. Cuando por fin se construyó una nave capaz de llevarlas, el archivo entero subió a bordo. Ismael recordaba la ceremonia en el puerto, las cajas pasando de mano en mano, una mujer muy anciana que se negó a soltar la suya hasta que él le prometió entregarla en persona.

Se lo había prometido. A ella y, sin decirlo, a todos los demás.

En el puente, Itziar Goñi ya estaba sentada frente a las consolas, con una taza humeante y el pelo recogido con un lápiz. Era la ingeniera de navegación más joven de la tripulación y la única que no parecía haber envejecido en el viaje, aunque ella decía que eso era culpa de la luz del puente, que favorecía a todo el mundo.

—Nada todavía —dijo sin darse vuelta.

—Buenos días a ti también.

—Buenos días, comandante. Nada todavía.

Ismael se sentó a su lado. Sobre la consola principal había dos relojes. Uno era el de a bordo, sobrio y exacto, el que marcaba las

guardias, las comidas y los cumpleaños. El otro lo había armado Itziar en el segundo año, con piezas sobrantes del taller y mucho humor: un disco de metal con una sola aguja que giraba sin descanso. Medía el tiempo de afuera, el del resto del universo. Mientras el reloj de a bordo avanzaba un día, la aguja del otro daba casi dos semanas de vueltas. Al principio la tripulación lo miraba con gracia. Con los años, algunos dejaron de mirarlo.

Ismael sí lo miraba, todas las mañanas, igual que tocaba las cajas.

—Faltan nueve días para el punto de frenado fino —dijo Itziar—. Si para entonces no recibimos la señal de aproximación, frenamos con los instrumentos propios y nos quedamos en órbita alta hasta encontrar dónde bajar. Se puede hacer.

—Se puede hacer —repitió él.

—Pero no me gusta.

—A mí tampoco.

Sabían que el faro existía porque así lo decían los registros de la primera expedición. Sabían que lo habían construido para esto, para una nave que llegara rápido y a ciegas y necesitara que alguien la llamara desde el suelo. Lo que no sabían era si después de doscientos cincuenta años quedaba alguien que supiera encenderlo.

Itziar giró la silla hacia él.

—¿Ensayaste el discurso otra vez?

Ismael sonrió sin responder. Lo había ensayado, claro. Lo ensayaba casi todas las noches antes de dormir, en voz baja, y lo cambiaba un poco cada vez. Imaginaba una explanada, una multitud abrigada, alguien con un parecido a los retratos de los fundadores que guardaba en la computadora de a bordo. Imaginaba que le preguntaban por la Tierra con hambre de noticias, que le estrechaban la mano y lo llamaban por su nombre. Imaginaba a los nietos de aquellos primeros colonos, que habrían crecido oyendo hablar de la

nave que algún día vendría.

Sabía que eso era imposible. Lo sabía mejor que nadie a bordo, porque había firmado los cálculos. Doscientos cincuenta años son diez generaciones. Los nietos de los fundadores habían muerto hacía mucho. Quienes vivían en el valle ahora estaban tan lejos de aquellos primeros colonos como él mismo de cualquier antepasado cuyo nombre no recordaba. Las ecuaciones eran claras, y él confiaba en las ecuaciones.

Pero había una diferencia entre saber algo y sentirlo, y esa diferencia, a bordo de la Siempreviva, tenía el tamaño de cuarenta años.

—Te voy a decir lo que pienso —dijo Itziar, con la taza entre las manos—. Pienso que nos van a mirar como miraríamos nosotros a alguien que bajara del cielo diciendo que viene del pasado.

—No venimos del pasado.

—Para ellos, sí.

Ismael no contestó. Se levantó y fue hasta la ventana de proa.

Afuera, el cielo se había vuelto extraño en los primeros meses de viaje y nunca había dejado de serlo. Las estrellas no estaban donde debían. A esa velocidad se amontonaban hacia adelante, como si la nave las fuera empujando, y se teñían de un azul intenso que ningún ojo humano había visto antes desde tan cerca. Hacia atrás, en cambio, se apagaban en un rojo cada vez más oscuro. Entre las dos regiones quedaba una franja casi vacía. Al principio la tripulación pasaba horas mirándola. Ahora casi nadie lo hacía, salvo él.

Allí delante, en el centro del resplandor azul, estaba la estrella del Valle Austral. El planeta no se veía, era demasiado pequeño. Pero Ismael sabía dónde estaba, y a veces se quedaba mirando ese punto como si pudiera distinguir una luz, una ventana encendida, una torre.

Pensó en su hermana Maite. Sus últimos mensajes habían

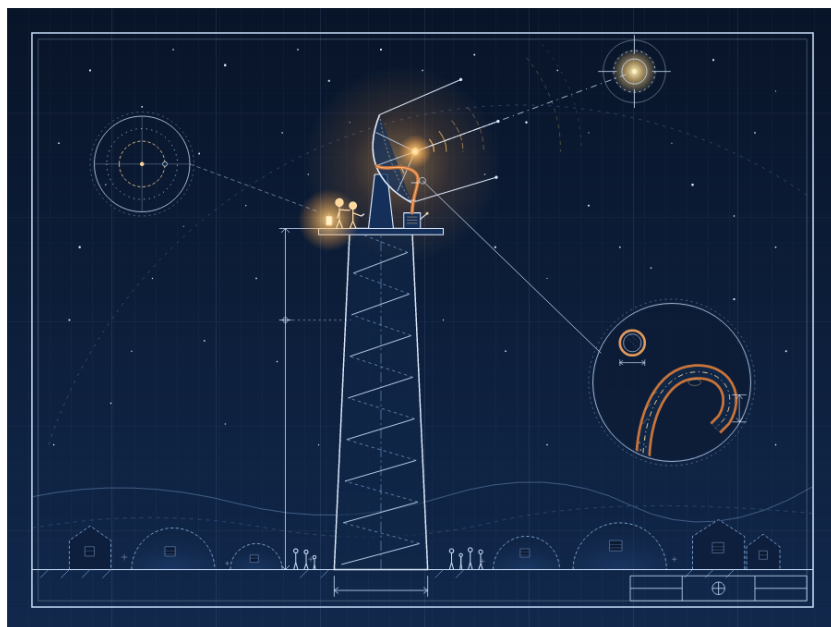
alcanzado a la nave en el tercer año, cada vez más espaciados y estirados por la distancia. En el último hablaba de un nieto que aprendía a caminar. Ismael hizo la cuenta, como la hacía siempre, y la detuvo antes de terminar. Ese nieto tendría ahora más años que él.

Lo sabía. Todavía no lo sentía.

Volvió al puente y abrió la bitácora. Anotó la fecha según el reloj de a bordo, la velocidad, el estado de la bodega y las horas de guardia. Al final, en la línea de comunicaciones, escribió lo mismo que llevaba escribiendo desde hacía semanas.

«Sin señal.»

Itziar lo miró escribir y no dijo nada. En la consola, la aguja del otro reloj seguía girando, y en algún lugar delante de ellos, a una distancia que la luz recorría en pocos días, un valle que no conocían decidía en ese mismo momento, sin que ellos pudieran saberlo, si iba a encender las luces o a apagarlas.



El valle a oscuras; arriba, la torre aprende a llamar.

CAPÍTULO 6

El precio de la luz

Las manos se levantaron despacio, como se levanta la gente cuando tiene frío y no está del todo segura. No fueron todas. Pero cuando Ramira terminó de contarlas, Nerea Ibarra, que había esperado hasta el final con los brazos cruzados, alzó también la suya, y nadie en la plaza dijo nada durante un rato largo.

Al día siguiente el valle empezó a apagarse.

Lo hicieron calle por calle, con un orden que Odila no habría creído posible. Las familias se juntaron de a tres y de a cuatro en las casas con mejores estufas, y las demás quedaron cerradas, con las ventanas tapadas con mantas. La escuela se volvió dormitorio para los más viejos y los más pequeños, alrededor de la estufa grande, y la

maestra siguió dando clases allí mismo, entre colchones. Fermín Aldao se instaló en el galpón de las bombas con un cuaderno y un lápiz y anotaba cada brazada de leña que salía, quién la llevaba y para cuántos. Nerea repartió las plantas más delicadas del segundo invernadero por las cocinas, y durante semanas hubo almácigos en los alféizares, macetas sobre las alacenas y raíces dormidas debajo de las camas.

La primera noche sin luces, el valle se quedó tan oscuro que la gente salió a la calle solo para mirarlo. Odila los vio desde el peldaño ciento ocho, siluetas quietas bajo un cielo que nunca había tenido tantas estrellas. Algunos niños aprendieron a ir de una casa a otra contando los pasos, como ella contaba los peldaños.

Arriba, la torre tenía que dejar de escuchar y aprender a llamar.

El capítulo «Aproximación» lo explicaba con un dibujo y tres páginas de instrucciones. Al pie del plato, oculto bajo una tapa de chapa que nadie había abierto en generaciones, estaba el emisor. De allí la voz debía subir hasta el centro del plato por un caño de cobre curvado como el cuello de un ave, y desde el centro salir hacia el cielo. Odila y Lino desatornillaron la tapa una mañana de viento, con las herramientas envueltas en trapos para que el metal no les quemara los dedos.

El caño estaba abierto a lo largo de una costura, como una vaina seca. El hielo había entrado por alguna grieta mínima, año tras año, y lo había ido separando sin que nadie lo notara, porque para escuchar nunca había hecho falta.

—¿Hay otro? —preguntó Lino.

Odila no contestó. Los dos sabían que no.

Pero en el valle había cobre. Recorría los invernaderos de punta a punta, bajo la tierra de los canteros, llevando agua tibia a las raíces. Nerea los acompañó al tercer invernadero, el que no iba a pasar el invierno, y se quedó mirando las cañerías un momento antes de

entregarles la llave de paso.

—Ya que lo vamos a perder —dijo—, que sirva para algo.

Trabajaron en el taller del galpón, junto a la fragua, con el dibujo del manual clavado en la pared. Odila marcó las medidas en una tabla y Lino cortó la madera para hacer el molde, una curva lisa con la forma exacta del cuello del ave. Después ella tomó el soldador para unir dos tramos de caño, y la mano le tembló tanto que la punta dejó una gota torcida sobre el banco.

Lo intentó otra vez. La gota cayó en el mismo lugar.

Le pasó el soldador a Lino sin decir nada, y él lo tomó sin decir nada tampoco.

—Primero, arena —le explicó ella—. Seca, de los canteros. Llenas el caño hasta arriba y tapas las puntas.

—¿Para qué?

Odila lo miró. Era la misma pregunta de siempre, la de la media gota, y por primera vez tuvo una respuesta que no era el nombre de otra persona.

—Para que no se aplaste por dentro cuando lo dobles. Lo que importa de este caño es el hueco, Lino. Por ahí va a pasar la voz.

El primer intento salió arrugado, con pliegues como los de una manga. Lo calentaron demasiado rápido. El segundo se dobló a medias y se enfrió antes de tiempo. El tercero lo hizo Lino solo, mientras ella sostenía el farol: calentar despacio, doblar despacio, dejar que el cobre decidiera cuándo estaba listo. Cuando vaciaron la arena, el caño tenía la forma del dibujo y el interior liso y entero.

Después había que pulirlo por dentro. Odila enrolló un paño de lana en la punta de un alambre largo y le enseñó el movimiento, en espiral y sin saltarse ningún tramo.

—Como los espejos —dijo Lino.

—Es un espejo. Uno que no se ve.

En esos días ella habló más que en todos los años anteriores. Le explicó, sin que él preguntara, por qué la media gota y no una entera: porque el aceite de más junta polvo, y el polvo con escarcha se vuelve piedra. Por qué el cuarto de vuelta cada mañana: para que los cojinetes no se peguen con el frío y se acostumbren a moverse. Le dijo dónde estaban los tornillos de repuesto, cuál de las tres antenas se desviaba con el viento del sur, qué peldaño crujía y cuál estaba flojo, en qué página del cuaderno grande había anotado Benicio cómo destrabar la perilla roja. Le enseñó a leer la letra inclinada hacia la izquierda.

Lino escuchaba y repetía. A veces notaba que ella hablaba como quien vacía los bolsillos antes de un viaje, pero no preguntó por qué. No quería oír la respuesta.

Montaron el caño una noche despejada, con un frío que hacía doler los dientes. Odila intentó ajustar las abrazaderas y los dedos no le respondieron; se le doblaban en el ángulo equivocado, como si pertenecieran a otra persona. Se quedó mirándolos un momento a la luz del farol. Luego se los guardó en los bolsillos.

—Ajústalas tú. Firme, pero sin forzar. El cobre avisa.

Lino ajustó. Sentía el metal ceder apenas bajo la llave y se detenía justo antes de que dejara de ceder, y no supo en qué momento había aprendido a sentir eso.

Después ella le indicó la palanca del emisor, la que en doscientos treinta años nadie había movido. Él la empujó.

Hubo un zumbido grave, más un temblor que un sonido, que subió por la torre y se metió en los huesos. Los espejos vibraron apenas. En el visor de bronce, la estrella guía seguía en la cruz de los hilos, y detrás de ella, en algún lugar que no se veía, alguien venía frenando a ciegas.

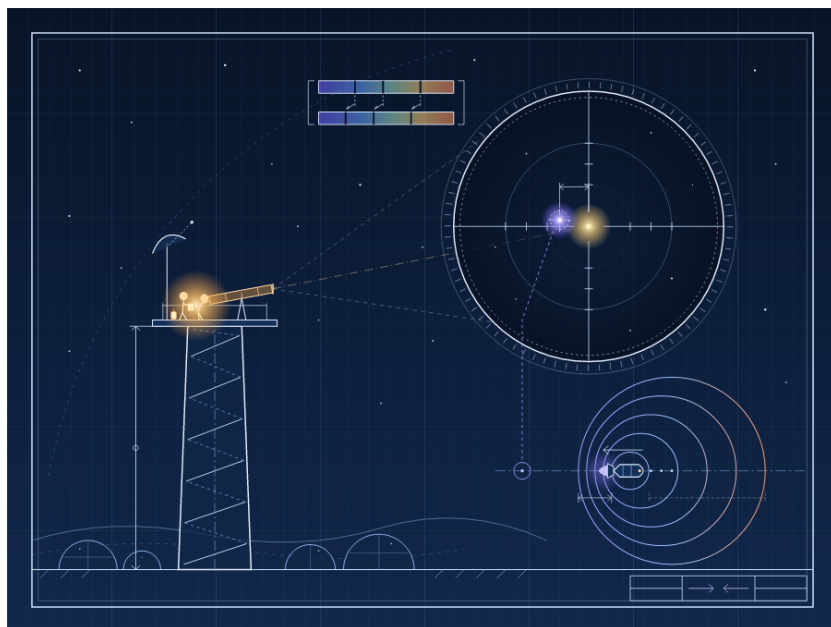
Lino revisó los cojinetes, comprobó la alineación y corrigió un tornillo de la antena del sur, que se había desviado con el viento. Lo hizo todo antes de que Odila abriera la boca. Cuando se dio cuenta, se quedó quieto, con la llave todavía en la mano.

No lo había hecho por ella. Lo había hecho porque había que hacerlo, y porque sabía cómo, y porque sabía por qué.

Odila le apoyó una mano en el hombro. Pesaba poco y temblaba un poco. Él no se movió para no espantarla.

Abajo, el valle era una sola sombra azul bajo la escarcha, sin una ventana encendida. En la plaza, la gente que había salido a mirar vio cómo la cima de la torre se iluminaba con un resplandor tenue, el único en kilómetros a la redonda. Alguien empezó a cantar la canción de la casa azul, muy bajito, y otros se sumaron sin levantar la voz.

Desde arriba no se oía. Pero Lino, con la mano de Odila sobre el hombro y el zumbido en los huesos, sintió que el faro le pertenecía.



La luz de quien se acerca se corre al azul.

CAPÍTULO 7

Corrimiento al azul

La vieron primero con el ojo, no con el oído.

Lino estaba pegado al visor de bronce, corrigiendo por tercera vez la antena del sur, cuando dejó de girar el tornillo. La estrella guía seguía en la cruz de los hilos, amarillenta y quieta como siempre. Pero a su lado, apenas a la izquierda, había una chispa que no figuraba en ninguno de los dibujos de los manuales. Era azul, de un azul intenso, casi violeta, como la llama del soldador cuando el cobre está a punto.

Odila se acercó al visor despacio, con la rodilla protestando, y miró largo rato. Después bajó al cuarto de las herramientas y volvió con el sexto manual. En el capítulo «Aproximación», junto a un

dibujo de dos flechas que se acercaban, había una frase que siempre había leído sin entender: «La luz de un cuerpo que viene hacia nosotros se corre al azul».

—Es la nave —dijo—. Nos está mostrando el fuego.

—¿Qué fuego?

—El que usa para frenar. Tiene que dar vuelta los motores y empujar hacia atrás, y el fuego queda mirando hacia acá. Por eso la vemos.

Lino volvió al visor. La chispa no se movía, o se movía tan despacio que parecía otra estrella más, una que alguien hubiera encendido esa misma noche. Pensó que en algún lugar, detrás de ese punto azul, había gente que no sabía que él la estaba mirando.

La voz llegó dos noches después.

Esta vez no eran pulsos. Lino tenía los auriculares puestos y oyó, debajo del siseo, algo que al principio tomó por el viento y después, de golpe, reconoció como una respiración. Luego un carraspeo. Luego palabras.

—Aquí la nave Siempreviva, comandante Ismael Oyarzún. Hemos recibido su señal de aproximación. Solicitamos confirmación de recepción. Cambio.

Lino se quitó los auriculares como si quemaran y se los pasó a Odila sin poder hablar. La voz se repetía cada pocos minutos, con la misma calma. Era la voz de un hombre cansado y amable, y hablaba exactamente como sonaban los manuales cuando Odila los leía en voz alta en la cocina: cada palabra entera, sin comerse ninguna letra, con unas eses suaves que en el valle nadie pronunciaba así.

—Habla como el primer manual —murmuró ella—. Como si el manual tuviera garganta.

En el cajón del emisor había una bocina de bronce con un cable forrado en tela. El manual decía que servía para hablar, y Odila nunca

lo había creído del todo. Lino la sostuvo frente a la boca, carraspeó igual que el comandante sin darse cuenta y dijo lo único que se le ocurrió:

—Aquí el valle. Lo escuchamos.

Después dudó. Miró a Odila. La palabra del final le daba vueltas.

—No sabemos qué quieren cambiar —agregó—. Tenemos raíces, un poco de leña y la torre. Fin.

Luego empezó la espera. Según la cuenta de las pizarras, la voz del muchacho tardaría casi cinco horas en llegar a la nave, y la respuesta otras cinco en volver. Durmieron por turnos, envueltos en mantas, con el farol bajo. Ramira subió a medianoche con pan y una olla de sopa. Fermín subió al alba, se sentó en el ciento ocho y tardó media hora en hacer los otros ciento cuatro peldaños.

Cuando la respuesta llegó, venía con una risa. Breve, contenida, la de alguien que no quiere ofender.

—Gracias, valle. Cambio significa que he terminado de hablar y que es su turno. No necesitamos nada. Pero agradecemos mucho las raíces. Cambio.

Lino se puso rojo hasta las orejas. Odila se tapó la boca con la mano y no dijo nada, pero los hombros le temblaban. Esa misma semana los niños de la escuela empezaron a terminar todas las frases con «cambio», y la maestra, otra vez, no supo si debía corregirlos.

En la Siempreviva, Itziar Goñi escuchó la grabación del muchacho once veces. Le gustaba cómo decía «valle», con la ve apretada contra los dientes, y cómo se tragaba las eses del final como quien se guarda algo en el bolsillo. Ismael anotaba las palabras que no entendía en una libreta de tapas grises. Junta de Aguas, que imaginó como una oficina de ingenieros hidráulicos. La Oreja, que tardó dos días en comprender que era el faro. Estación, que en el valle no era una parte del año sino el año entero.

La que más le costó fue la casa azul.

—Dicen que la casa azul se acordó de ellos —le leyó a Itziar—. Que nadie en el valle creía que la casa azul existiera.

Buscó la expresión en los archivos de la primera expedición, en los diarios de los fundadores y en los registros de la colonia. No la encontró en ninguna parte. Itziar fue quien lo entendió, una noche, mientras miraba por la ventana de proa el resplandor azul que se amontonaba hacia adelante.

—Somos nosotros —dijo—. La Tierra. Para ellos es una canción.

Ismael no contestó. Se quedó mucho rato con la libreta abierta y el lápiz quieto. Después escribió, debajo de las otras palabras, con una letra más chica: la casa azul, la Tierra. Y al lado, entre paréntesis: un cuento.

Los días siguientes fueron de preguntas cruzadas que llegaban siempre tarde, cuando ya se había olvidado a qué respondían. La nave preguntaba cuántos habitantes había, y en el valle tardaron en entender la palabra; contestaron que eran unos novecientos, contando a los de la escuela. La nave preguntaba quién era la máxima autoridad, y Odila dijo que nadie mandaba demasiado, que la Junta decidía las cosas del agua y que las cosas grandes las decidía la plaza. Ismael escuchó eso dos veces y anotó plaza en la libreta, con un signo de pregunta.

Pero el retraso se achicaba. Las diez horas se volvieron siete, y las siete, cuatro. Una mañana la respuesta llegó antes de que terminaran la sopa, y nadie se atrevió a decir nada, por miedo a espantarla.

Fue entonces cuando las preguntas cambiaron.

—¿Cómo son? —se animó a preguntar Lino una noche, y se arrepintió en cuanto soltó la bocina.

Tardó en llegar la respuesta, más de lo que marcaba la cuenta. Respondió una mujer, con la voz más joven que el comandante y una

risa escondida.

—Somos cuarenta. Muy cansados de mirarnos las caras. Yo tengo el pelo oscuro y lo sujeto con un lápiz porque siempre pierdo las horquillas. ¿Y ustedes cómo son? Cambio.

Lino no supo qué decir. Le pasó la bocina a Odila, que la sostuvo un momento entre las manos torpes.

—Yo soy vieja —dijo—. Setenta y tres. Tengo una rodilla mala y los dedos ya no me obedecen. El muchacho tiene quince y unas manos que todavía no sabe dónde poner. El valle es azul de noche, por la escarcha, y no hay luces porque se las dimos todas al faro. Cambio.

Del otro lado hubo un silencio que no se explicaba con la distancia. Lino creyó oír a alguien que se sonaba la nariz.

La última noche de aquella semana, el retraso era de minutos. Odila ya podía hacer una pregunta, servirse la infusión y oír la respuesta antes de que se enfriara. Escuchaba, entre las palabras, el zumbido de la nave y una tos lejana. Le pareció que podía oír al comandante respirar.

—Disculpe —dijo él—. No le he preguntado su nombre. Cambio.

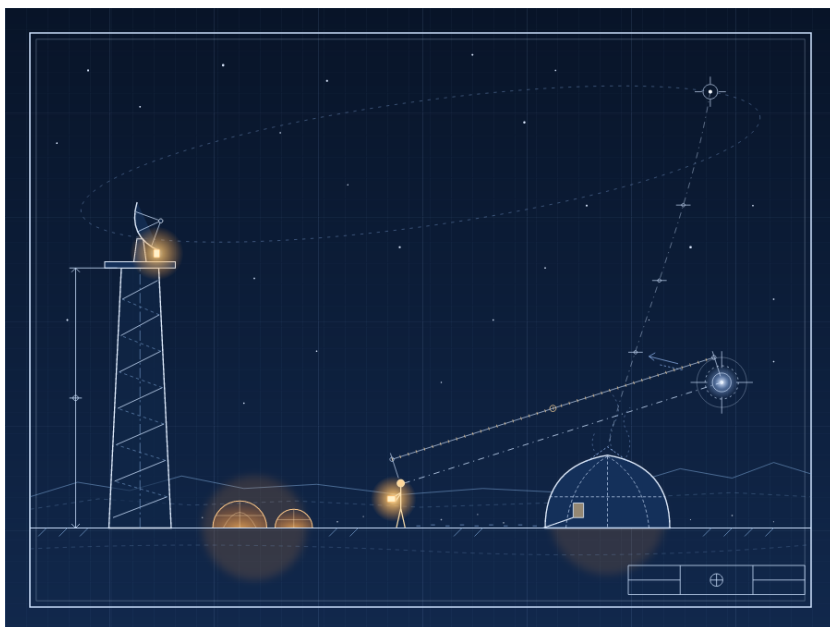
Ella miró a Lino, que estaba sentado junto a la trampilla con el cuaderno grande abierto sobre las rodillas.

—Odila Marsán —dijo—. Guardiana del faro. Cambio.

Esta vez el silencio duró mucho más que la cuenta. Lino contó los segundos con los labios, como contaba Odila los peldaños, y llegó a ciento ocho antes de que la voz volviera.

—Encantado de conocerla, Odila Marsán.

Ella no supo por qué, pero esa noche, en el cuaderno grande, junto a la palabra «escucha», no escribió «sin novedad». Escribió «conversación», y después se quedó mirando el punto azul hasta que el frío la obligó a bajar.



Ismael busca la Tierra: una luz con cuarenta años de retraso.

CAPÍTULO 8

Los que llegan tarde

Durante tres noches la vieron pasar. Ya no era una chispa azul quieta junto a la estrella guía, sino una luz blanca y pequeña que cruzaba el cielo de oeste a este, sin parpadear, y volvía a aparecer por el mismo borde de las montañas un poco antes de la hora y media. Los niños aprendieron a esperarla. Algunos la saludaban con la mano, y nadie se atrevía a decirles que desde allá arriba no se veía.

La Siempreviva había dejado de frenar. Ahora daba vueltas alrededor del mundo como da vueltas un perro antes de echarse a dormir.

El descenso empezó antes del amanecer de la cuarta noche. Itziar Goñi lo había explicado por la bocina con mucha paciencia: la nave

se partiría en dos, como una semilla. Los motores quedarían en órbita, y la parte donde vivían los cuarenta bajaría siguiendo la voz del faro, segundo a segundo, sin ver el suelo hasta el final.

Lino estaba frente al emisor, con los auriculares puestos y la mano derecha en la perilla de ajuste. Odila tenía la mano apoyada en su hombro. No la apretaba. Solo estaba allí.

—Altura doce mil —decía la voz de Itziar, tranquila—. Seguimos su señal. Altura nueve mil.

A los siete mil, el viento del sur empezó a soplar. Lino sintió la antena desviarse antes de verlo en la aguja, un temblor apenas distinto en el zumbido, y corrigió el tornillo sin soltar la perilla. La voz de Itziar no se alteró. Odila no dijo nada. Pero la mano sobre el hombro pesó un poco más, y él entendió que eso era lo que ella tenía para decir.

Desde el peldaño ciento ocho, quien hubiera mirado habría visto una estrella que dejaba de comportarse como estrella. Bajaba. Se volvía naranja y después blanca, y detrás le crecía una cola de fuego que iluminó por un instante todo el valle a oscuras: las cúpulas de los invernaderos, la plaza, los techos con escarcha, la gente de pie en el campo helado más allá de los paneles del norte. Después hubo un ruido largo, como un trueno que no terminaba de decidirse, y una nube de escarcha levantada que tardó mucho en volver al suelo.

Luego, silencio.

—Hemos llegado —dijo la voz de Itziar, y esta vez sí se le quebró—. Gracias, faro. Gracias, valle. Cambio.

Lino no contestó. Se quitó los auriculares y se quedó mirando sus propias manos.

Abajo, novecientas personas esperaban alrededor de una forma oscura y humeante, con faroles de aceite en alto. Nadie se acercaba demasiado. Ramira Echeverz había pedido que no lo hicieran, pero no

hacía falta: era el respeto que se le tiene a algo que todavía está caliente.

La compuerta se abrió cuando el cielo empezaba a ponerse gris.

Ismael Oyarzún bajó primero, como correspondía. Había ensayado ese momento seis años y lo encontró distinto de todas las versiones. El aire le golpeó la cara con un frío que ningún sistema de a bordo había simulado, y olía a leña, a tierra y a algo vegetal que no conocía. Sobre él, el cielo era inmenso y no estaba deformado: las estrellas que se apagaban con el alba estaban por todas partes, quietas, en su sitio. Tuvo que detenerse en la rampa porque las rodillas, desacostumbradas a la gravedad, le temblaban.

Delante tenía a la multitud. No se parecía a los retratos de los fundadores. Llevaban ropas de lana gruesa, teñidas en colores que él no habría sabido nombrar, gorros con orejeras y bufandas que les cubrían la boca. Lo miraban con una curiosidad enorme y quieta, sin la urgencia que él había imaginado. Nadie corría hacia él. Nadie gritaba su nombre.

Ismael sacó el papel del bolsillo y lo desdobló, aunque se lo sabía de memoria.

—Pueblo del Valle Austral —empezó—. En nombre de la Tierra, que nunca dejó de pensar en vosotros, os traigo el saludo de vuestros antepasados y de toda la humanidad...

Las palabras salían limpias y caían en la escarcha sin hacer ruido. Vio que algunos fruncían el ceño, esforzándose, como quien escucha a alguien leer en voz alta un manual muy viejo. Cuando dijo «los nietos de los fundadores», hubo un murmullo leve. Cuando dijo «vuestra patria de origen», una mujer se inclinó hacia su vecino para preguntarle algo en voz baja.

Terminó. Esperó.

En primera fila, un niño de unos seis años, de la mano de su

madre, dijo con mucha seriedad:

—Cambio.

La risa empezó por los más pequeños y se extendió despacio, sin burla, una risa de alivio, como cuando por fin se abre una ventana en un cuarto cerrado. Ismael sintió que algo en el pecho se le aflojaba y se rio también, y detrás de él, en la rampa, Itziar se tapó la cara con las dos manos.

Una mujer se adelantó. Traía una taza humeante entre los guantes.

—Soy Ramira —dijo—. Tome. Aquí lo primero es esto.

Ismael bebió. Era amargo y caliente, y le pareció lo mejor que había probado en su vida.

Durante la primera hora intentó hacer las preguntas que había preparado. Mencionó los nombres de las familias fundadoras, los que figuraban en los registros, y la gente se miraba con amabilidad, sin reconocerlos. Un anciano de manos nudosas, que se presentó como Fermín Aldao, le explicó con paciencia que en el valle nadie llevaba la cuenta tan atrás.

—Aquí todos descendemos de alguien —dijo—. Pero no sabemos de quién.

Las preguntas de ellos fueron otras. Una mujer quiso saber si en la nave tenían frío. Otra, si sabían cultivar raíces en invierno. Un muchacho preguntó cuánto pesaba la nave y si podía tocarla. Y una niña, empujada por sus amigas, se acercó a la rampa y le preguntó en voz muy baja si era verdad que la casa era azul.

—¿Qué casa? —dijo Ismael.

—La de la canción. La de los abuelos de los abuelos.

Él abrió la boca para hablar de océanos, de la atmósfera, de la luz que se dispersa. Pero vio la cara de la niña y entendió que no le estaba pidiendo una explicación. Le estaba preguntando si un cuento era cierto.

—Sí —dijo—. Es azul.

La niña volvió corriendo con sus amigas, y las oyó cantar unos compases mientras se alejaban.

Odila llegó cuando ya era de día, del brazo de Lino, caminando despacio sobre la escarcha. Había bajado los doscientos doce peldaños sin detenerse en el ciento ocho, y se le notaba. Ismael la reconoció antes de que nadie se la presentara. No por la cara, que nunca había visto, sino por la forma de mirarlo: como quien mira algo que lleva toda la vida escuchando.

—Odila Marsán —dijo él.

—Comandante.

Se dieron la mano. La de ella temblaba un poco. Ninguno de los dos dijo «cambio», y después los dos pensaron que habría estado bien.

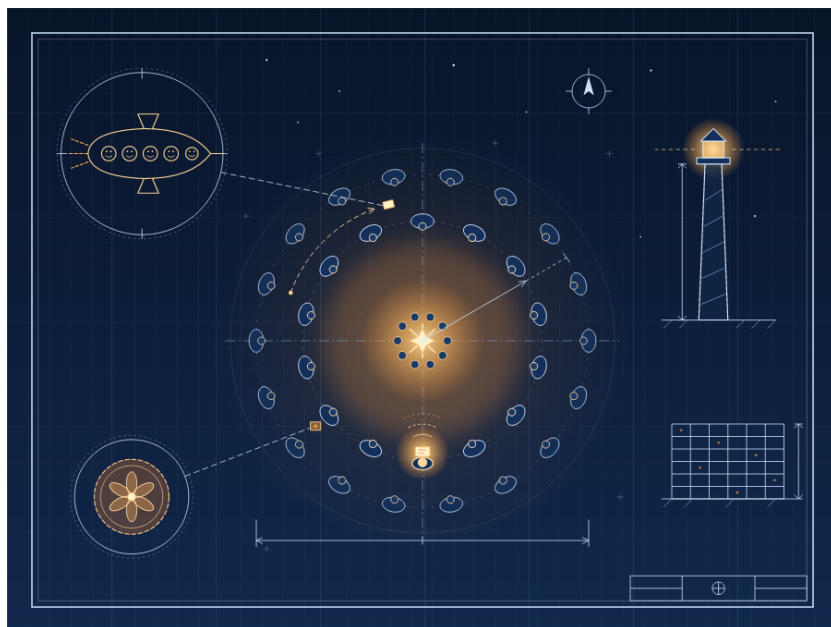
Esa noche, cuando el valle volvió a quedar a oscuras y la tripulación durmió por primera vez bajo un techo que no se movía, Ismael salió solo al campo helado. Buscó en el cielo la estrella de la Tierra. Era un punto pálido y sin nombre entre otros, más bajo de lo que esperaba.

Pensó en la luz que le llegaba desde allí. Había salido cuarenta años atrás, poco después que él. Era la luz de un mundo donde Maite todavía vivía, donde su nieto aprendía a caminar. Ese mundo ya no existía. En su lugar había otro, con cuarenta años de cosas nuevas, de palabras que él no conocería, de gente que quizás contaba la partida de la Siempreviva como se cuenta un cuento a los niños.

Había venido a traer noticias de un hogar. Descubrió que él mismo era la noticia, y que había llegado tarde a los dos lados.

Abrió la libreta de tapas grises. Debajo de la casa azul, la Tierra, un cuento, escribió despacio: yo también.

En lo alto de la torre había un resplandor tenue. Alguien seguía despierto allá arriba, escuchando.



Cada tarde, alrededor del fuego, las cartas encontraron destinatario.

CAPÍTULO 9

La biblioteca de cartas

Las cajas bajaron de la nave en un carro de las bombas, de a seis por viaje, envueltas en mantas para que la escarcha no les tocara el lacre. Ismael las acompañó a pie en cada vuelta, con una mano apoyada sobre la última, como si el carro pudiera olvidarse de alguna. Fueron cincuenta y dos viajes. Al final de la tarde, las trescientas doce cajas ocupaban el fondo de la escuela, apiladas contra la pared donde antes colgaban las pizarras, y los niños que dormían allí las miraban desde los colchones sin atreverse a tocarlas.

El problema apareció esa misma noche, y lo planteó Fermín Aldao con su cuaderno de la leña abierto sobre las rodillas.

—Están dirigidas a personas —dijo—. Con nombre y apellido.

—A los fundadores y a sus hijos —respondió Ismael—. Algunas, a sus nietos.

—Que murieron hace doscientos años.

Nadie contestó. Ismael había sabido eso durante todo el viaje, pero hasta entonces lo había sabido como se sabe una cifra. Ahora lo sabía como se sabe que una puerta está cerrada.

Las cartas no tenían a quién llegar. En el valle nadie sabía de quién descendía, y los apellidos se habían mezclado tanto que una misma carta podía pertenecer a cien familias o a ninguna. Hubo quien propuso guardarlas sin abrir, por respeto. Hubo quien dijo que una carta sin abrir era como una semilla en un frasco. Ramira escuchó a todos y después hizo lo de siempre: llevó la pregunta a la plaza.

La plaza decidió que las cartas eran de todos, y que se leerían en voz alta.

Empezaron la tarde siguiente, alrededor de una fogata que Fermín autorizó con una mueca y una anotación en el cuaderno. La gente traía sus propias mantas y se sentaba en el suelo helado, apretada, compartiendo el calor. Itziar leyó la primera, porque era la que mejor entendía la letra antigua. Era de una mujer a su hijo, y hablaba casi entera de una receta de pan con semillas de anís, con las cantidades y los tiempos, y al final decía: «Si allá no hay anís, ponle lo que tengas, pero acuérdate de que lo hacíamos los domingos».

Cuando Itziar terminó, la mujer que repartía el pan se levantó y preguntó qué era el anís. Nadie supo explicárselo bien. Esa semana probó con tres hierbas distintas del segundo invernadero, y el domingo hubo pan nuevo en el valle.

Así fue cada tarde. Al principio leían solo los de la tripulación, pero pronto los colonos pidieron turno, y entonces las cartas empezaron a sonar distinto: las mismas palabras de los manuales dichas con la ve apretada y las eses guardadas en el bolsillo. Un hermano le preguntaba a otro si en el mundo nuevo había pájaros.

Una abuela mandaba la lista de los nombres de sus gatos, por si a alguien le servían. Un niño, que ya llevaba dos siglos y medio muerto, había dibujado una nave con muchas ventanas y en cada ventana una cara sonriente. El dibujo pasó de mano en mano alrededor del fuego, y nadie lo dobló al devolverlo.

Algunas cartas eran tristes. Pedían perdón por discusiones que nadie recordaba, o decían te extraño de diez maneras diferentes. Cuando tocaba una de esas, quien leía se detenía al final y había un silencio largo, y en ese silencio la gente se miraba como si acabara de descubrir que a ellos también les habían escrito.

Odila iba todas las tardes y se sentaba en el mismo lugar, con Lino a un lado. Escuchaba con los ojos cerrados, igual que escuchaba el siseo en la torre.

La quinta tarde, cuando terminó la última lectura, Ismael se acercó a ella con una caja pequeña bajo el brazo. No era de las grandes. Era de madera clara, y el lacre tenía impresa una flor que Odila no conocía.

—Esta la traje aparte —dijo—. Me la entregó una señora muy anciana en el puerto, el día que salimos. No quería soltarla. Le prometí que la entregaría en persona.

Odila miró la caja y luego a él.

—¿A quién?

—A Clara Marsán. En los registros dice que construyó el faro. — Se aclaró la voz—. No hay nadie más a quien dársela que a quien todavía lo mantiene.

Ella no la abrió allí. Subió a la torre esa noche, despacio, y se detuvo en el peldaño ciento ocho más tiempo que nunca. Arriba encendió el farol, se sentó junto a la trampilla y rompió el lacre con un cuchillo, con mucho cuidado, para que la flor quedara entera.

Adentro había una sola hoja, doblada en tres. La letra era pequeña

y firme. Odila la reconoció antes de entender por qué: era la misma del margen del tercer manual. O muy parecida. La letra de alguien que había aprendido a escribir junto a Clara, en la misma mesa.

«Querida Clara:

Te escribo la noche en que tu nave dejó de verse en el cielo. Me quedé en la playa hasta muy tarde, mirando el punto donde estaba, y después me di cuenta de que estaba haciendo lo mismo que el abuelo.

¿Te acuerdas del faro de la punta? ¿Del abuelo subiendo cada mañana con su paño de lana, aunque ya no pasaban barcos? Tú le preguntaste una vez para qué limpiaba la lente si nadie la miraba. Él te contestó que un faro sucio parece un faro abandonado, y que el que viene de lejos, cansado y a oscuras, no busca solo una luz. Busca una señal de que alguien lo estuvo esperando. Que una luz encendida dice dónde estás, pero una luz cuidada dice que te esperaban.

Tú tenías nueve años. Pensé que no te había quedado. Pero cuando me mostraste los planos de tu torre, vi que la habías llamado faro, y entendí.

No sé si alguna vez irá alguien. No sé si estas cartas llegarán. Pero te prometo que aquí vamos a hacer lo mismo: vamos a guardar todo lo que te escribamos, y alguien lo va a cuidar cada día, aunque no haga falta. Así, si un día alguien llega, sabrá que no lo olvidamos.

Limpia los espejos, Clara. Aunque estén limpios. Alguien los va a mirar.

Tu hermano,

Julián»

Odila leyó la carta dos veces y después se quedó quieta. Afuera, el viento del sur rozaba las antenas.

Pensó en Benicio, frotando los espejos de norte a sur y repitiendo una frase que tampoco entendía del todo. Pensó en Aurelia, en la letra inclinada hacia la izquierda, en doscientos treinta años de «sin

novedad». Ninguno había sabido el motivo. Todos habían cumplido el ritual igual. Y en la otra punta del cielo, durante el mismo tiempo, otra fila de desconocidos había cuidado estas cartas, cada día, aunque no hiciera falta.

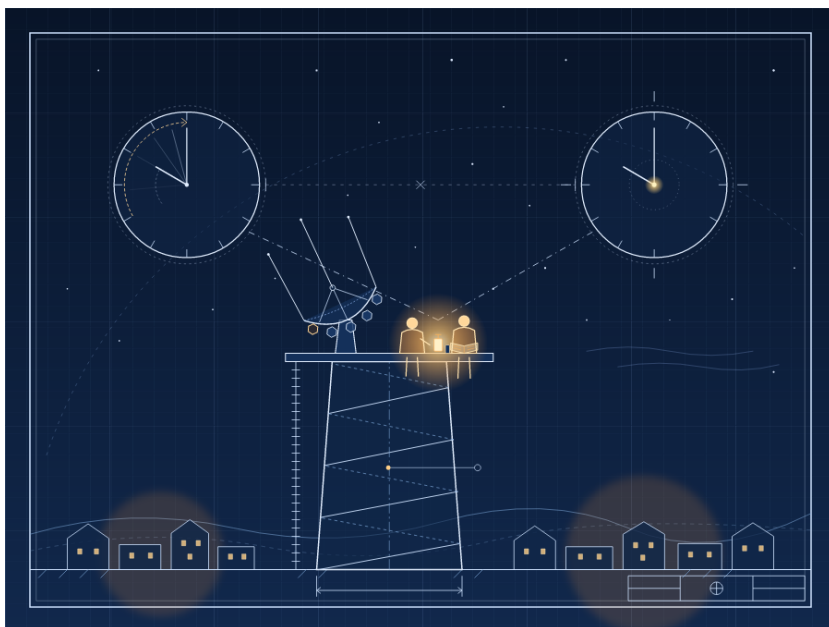
La media gota. El cuarto de vuelta. El paño de lana. No eran para la máquina. Eran para quien llegara.

Lino la encontró así al amanecer, con la hoja sobre las rodillas y el farol apagado. No preguntó nada. Ella le tendió la carta y él la leyó en voz alta, despacio, tropezando con las palabras viejas.

Cuando terminó, Odila se levantó con esfuerzo, tomó el paño de lana y el alcohol del alambique, y empezó por el espejo del norte.

Lino tomó otro paño y empezó por el del sur.

Ninguno de los dos se saltó ninguno, aunque estaban limpios.



Veintiséis firmas, un farol y dos relojes que casi coinciden.

CAPÍTULO 10

Dos relojes

La luz volvió al valle en la segunda semana, y no la trajo la primavera. Dos técnicos de la Siempreviva bajaron a los acumuladores del sur con unas cajas de herramientas que brillaban como joyas y, en tres días, consiguieron que guardaran casi el doble de lo que guardaban antes. Una noche las ventanas se encendieron de golpe, calle por calle, y la gente salió a mirarlas con la misma cara con que había mirado la oscuridad.

Nerea Ibarra fue la primera en entusiasmarse. Itziar le mostró en una pantalla pequeña cómo se cultivaban raíces en la Tierra cuando ella partió: bandejas apiladas hasta el techo, agua que circulaba sola, luces de un color rosado que hacían crecer las plantas en la mitad de

tiempo. Nerea pasó una tarde entera con la pantalla entre las manos, preguntando y anotando. Al día siguiente midió el tercer invernadero, el que había perdido sus cañerías por el faro, y calculó cuántas bandejas cabían.

Después vinieron otras ofertas, todas generosas. Un telar que tejía solo. Una manera de sacar agua más honda, sin depender de las bombas viejas. Libros nuevos para la escuela, con palabras que los niños aprendían tan rápido que algunas madres empezaron a no entender a sus hijos en la cena.

Fue la tejedora, Amparo Lezica, quien lo dijo en la plaza. No lo dijo con enojo, sino como quien deja un objeto pesado sobre la mesa.

—Nos enseñan a hacerlo todo más rápido. Y está bien, se lo agradezco. Pero nadie nos preguntó si queríamos hacerlo distinto. Mi madre tejía como yo. Mi hija teje como yo. Si mañana teje una máquina, ¿qué le enseño a mi nieta?

Nadie le contestó enseguida. Itziar, que estaba sentada entre los colonos con una manta prestada, bajó la vista. Había traído aquellas cosas como se traen regalos, y de pronto descubría que un regalo también puede pesar.

Fermín Aldao habló después. Dijo que la tripulación no tenía la culpa de saber, y que el valle tampoco tenía la culpa de no querer aprenderlo todo de una vez. Que cada uno llegaba con su reloj, y que dos relojes juntos no tienen por qué marcar la misma hora en el mismo momento. Ramira propuso lo de siempre: probar despacio, una cosa por estación, y que la plaza decidiera qué se quedaba. Nerea aceptó, aunque se le notó la impaciencia. Amparo también aceptó, aunque se le notó el miedo. Nadie salió contento del todo, y Odila pensó que quizá eso era lo más justo que podía salir de una plaza.

Esa misma semana, Itziar subió a la torre con un plano. Había pensado en Odila, en sus dedos, en los doscientos doce peldaños. Con unos sensores sobrantes de la nave y un motor pequeño, la Oreja

podía limpiarse, aceitarse y orientarse sola. Nadie tendría que volver a subir.

Odila miró el plano largo rato, con el respeto con que miraba los manuales.

—Es muy bueno —dijo—. Déjamelos. Quiero pensarlo.

Lino, que lo había escuchado todo desde la trampilla, no dijo nada. Pero esa noche aceitó los cojinetes dos veces.

Ismael empezó a subir por las noches. La primera vez se detuvo en el peldaño ciento ocho sin que nadie se lo indicara, con las piernas todavía torpes por la gravedad, y apoyó la mano en la piedra. Odila lo oyó resoplar desde arriba y sonrió sin decirle nada.

Hablaban sentados en el borde de la plataforma, envueltos en mantas, con un termo entre los dos. Al principio hablaban de cosas pequeñas: el sabor de la infusión, el nombre de las montañas, por qué en el valle las calles no tenían nombre y en la Tierra sí. Después, como el agua que encuentra su cauce, empezaron a hablar del tiempo.

—Usted y yo nacimos más o menos el mismo año —dijo él una noche—. Lo calculé.

—Ya lo sé. Yo también lo calculé.

—Y usted tiene setenta y tres, y yo cuarenta y uno.

Odila se rio bajito.

—No se disculpe, comandante. Usted no me robó nada. Mis años los viví todos. Con frío, con rodilla y con escuela, pero los viví.

Él le contó de Maite. Del último mensaje, del nieto que aprendía a caminar. De la cuenta que empezaba y nunca se dejaba terminar. Ella le contó de Benicio, que había muerto un invierno sin saber que la nave ya venía, y de las tardes en que enseñaba fracciones a niños que ahora tenían nietos. Hablaron de los cuarenta años que para uno habían sido una vida y para el otro un viaje, y descubrieron que ninguno de los dos sabía si el que había perdido más era el que se

había ido o el que se había quedado.

—En la nave teníamos dos relojes —dijo Ismael—. Uno para nosotros y otro para el universo. El de afuera giraba tan rápido que algunos dejaron de mirarlo. Ahora Itziar lo tiene en su cuarto y dice que por fin marca lo mismo que el otro. Que se quedó quieto, por así decirlo, al llegar.

—¿Y usted?

Él tardó en contestar.

—Yo creo que todavía giro un poco.

Una noche de viento, cuando el cielo estaba tan limpio que las estrellas parecían a punto de caerse, Odila abrió la trampilla del cuarto de herramientas y sacó el cuaderno grande. Lo apoyó sobre las rodillas de él, con las tapas de cuero todavía frías.

—Usted me preguntó qué escuchábamos antes de su señal —dijo—. Esto.

Ismael lo abrió por la primera página. Clara Marsán, con letra pequeña y firme. Después pasó las hojas despacio, a la luz del farol. Fechas. El estado de los espejos. La palabra «escucha». Y al lado, una y otra vez, «sin novedad». Cambiaba la letra cada tantas páginas, y cada vez que cambiaba aparecía un nombre nuevo al pie, escrito con cuidado, como quien firma algo importante. Aurelia Sanz. La letra que se inclinaba hacia la izquierda. Benicio Ulla. Odila Marsán.

Contó los nombres sin darse cuenta. Eran veintiséis.

—Doscientos treinta años —dijo ella—. Ninguno sabía para qué. Subían igual.

Ismael siguió pasando las hojas hasta las últimas: «señal», «conversación», y después una letra nueva, más grande y menos segura, que no era la de Odila. Lino había empezado a escribir algunas noches.

Pensó en las noches de la Siempreviva, en la línea de

comunicaciones de la bitácora, en «sin señal» repetido semana tras semana. Pensó en los nueve días antes del frenado fino, en la posibilidad de bajar a ciegas sobre un mundo sin nadie que lo llamara. Había creído que lo había guiado una frecuencia, un haz preciso que salía de un caño de cobre. Pero la frecuencia era lo de menos. La frecuencia solo había sido posible porque veintiséis personas habían subido una escalera cada mañana durante dos siglos y medio sin que nadie les diera una razón.

Recordó la carta de Julián, que Lino le había leído en voz alta en la plaza. Una luz encendida dice dónde estás. Una luz cuidada dice que te esperaban.

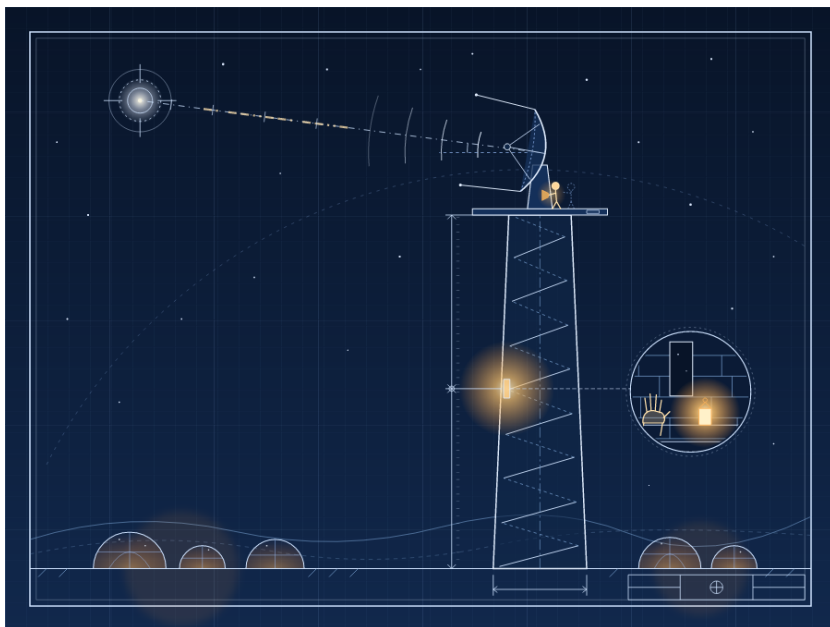
—No fue la señal —dijo, y la voz le salió más baja de lo que quería—. Fue esto.

Odila no le preguntó qué quería decir. Le quitó el cuaderno de las rodillas con cuidado, lo cerró y lo dejó entre los dos, sobre la piedra.

Al rato, sin que nadie se lo pidiera, Ismael se levantó, tomó el paño de lana del gancho de la pared y le preguntó por cuál espejo había que empezar.

—Por el del norte —dijo ella—. Y no se salte ninguno.

A la mañana siguiente, Odila le devolvió el plano a Itziar. Le dijo que era muy bueno y que lo guardara, por si algún día ya no quedaba nadie dispuesto a subir. Pero que, mientras hubiera alguien, la torre prefería que la cuidaran a mano.



Respuesta enviada; en el peldaño ciento ocho, un farol quieto.

CAPÍTULO 11

La respuesta

La pregunta la hizo un niño, como casi todas las preguntas importantes de aquel invierno. Fue al terminar la última lectura de cartas, cuando Itziar dobló la hoja y la fogata ya era un montón de brasas. El niño se puso de pie entre las mantas y dijo, con la seriedad de quien ha pensado algo durante días:

—Y nosotros, ¿no les vamos a contestar?

Nadie supo qué responder. Ismael miró a Odila, y Odila miró la torre.

Se podía. El capítulo «Aproximación» lo decía en su última página, y Lino lo había leído tantas veces que lo sabía de memoria: el mismo caño de cobre que había llamado a la nave podía apuntar hacia

la estrella pálida y sin nombre y hablarle. Con los acumuladores nuevos, la energía alcanzaba. Lo difícil no era enviar el mensaje. Lo difícil era saber qué decir.

Ramira llevó la pregunta a la plaza, como siempre, y la plaza tardó doce noches en contestarla.

La primera noche fue de deseos. Nerea pidió la palabra antes que nadie y dijo que había que pedir semillas: anís de verdad, para que el pan de los domingos supiera como en la carta, y todas las variedades de raíces que crecieran con poca luz. Otro pidió medicinas para los pulmones, que en invierno se llevaban a los más viejos. Una mujer quiso pedir libros. Un muchacho, otra nave más grande. Fermín lo anotaba todo en el cuaderno de la leña y, al final, sin levantar la vista, hizo la cuenta en voz alta.

—Cuarenta años para que llegue la pregunta. Si alguien decide contestar, la nave tarda otros cuarenta, más o menos. —Dejó el lápiz—. Las semillas las sembrarían los nietos de los que están aquí sentados.

Hubo un silencio largo. Nerea no retiró su pedido, pero tampoco volvió a mencionarlo.

La segunda noche habló Ismael, y le costó. Dijo que quería preguntar por su hermana. No por Maite, que ya no estaría, sino por los suyos, por ese nieto que aprendía a caminar en el último mensaje. Quería saber si alguien en la Tierra todavía se acordaba de la Siempreviva. Lo dijo mirando las brasas, y nadie lo interrumpió. Después él mismo hizo la cuenta que nunca se dejaba terminar, y esta vez la terminó.

—La respuesta llegaría cuando yo tuviera ciento veintiuno —dijo—. No es una pregunta. Es un deseo con mucho correo.

Algunos se rieron con ternura, y él también.

La tripulación tenía sus propias razones. Uno de los técnicos, un

hombre callado que había pasado el viaje entero cuidando los motores, insistió en que el informe de la misión era una obligación: velocidades, fallas, consumos, todo lo que serviría a la próxima nave. Nadie se opuso. Pero Amparo Lezica, la tejedora, preguntó con mucha suavidad si los números eran lo único que iban a mandar.

—Porque ellos esperan a los nietos de los fundadores —dijo—. Y nosotros no somos eso. Si solo les mandamos números, van a seguir imaginándonos mal.

Esa frase se quedó dando vueltas en la plaza varias noches.

Odila escuchaba todo sin hablar. Iba con Lino, se sentaba en el lugar de siempre y cerraba los ojos, como en la torre. Una noche Ramira le preguntó directamente qué pensaba, y ella tardó en contestar.

—Pienso en Clara —dijo al fin—. Ella no pidió nada. Dejó una frase en un margen y una torre cuidada. Doscientos treinta años después, sirvió.

—Pero ella sí pidió algo —objetó Nerea, sin enojo—. Pidió que mantuviéramos el faro encendido.

Odila sonrió.

—Eso no es pedir. Es contar lo que uno está haciendo y esperar que alguien siga.

Fue Lino quien dio con la forma, aunque después dijo que se le había ocurrido a Odila y Odila dijo que no. Propuso que el mensaje no lo escribiera nadie y lo escribieran todos: que cada familia del valle y cada tripulante dejara una frase en una caja, en la escuela, y que después la plaza eligiera. Las frases llegaron durante cuatro días. Había más de seiscientas. Muchas se repetían. Casi ninguna pedía algo.

Las leyeron una noche entera junto al fuego, como se habían leído las cartas. Una niña había escrito que el cielo del valle era violeta

antes de ponerse negro. Un anciano, que en invierno la escarcha volvía azules las cúpulas. Itziar, que había aprendido a decir valle con la ve apretada. Amparo, que su hija tejía como ella. Alguien, sin firma, que habían descubierto que la casa azul era verdad y que la seguían cantando igual.

A la madrugada, la plaza votó. No pedirían nada. Contarían quiénes eran ahora.

Lino y Odila tardaron tres días en convertir el mensaje a los pulsos del séptimo manual, porque la plaza quiso que se enviara también en el código antiguo, por si allá alguien todavía conservaba las tablas. Lo grabarían además con la voz de Lino, que era la voz que había llamado a la nave.

La noche del envío, Odila subió con él. Pero en el peldaño ciento ocho se detuvo, apoyó la mano en la piedra fría y no volvió a moverla.

—Sigue tú —dijo.

Lino se quedó mirándola desde unos escalones más arriba.

—¿La rodilla?

—No es la rodilla.

Él quiso decir algo y no encontró qué. Subió los ciento cuatro peldaños que faltaban solo, contándolos en voz baja, y cuando abrió la trampilla, la plataforma le pareció más grande que nunca.

Limpio los espejos de norte a sur. Aceitó los cojinetes, media gota en cada uno. Giró el plato hasta que la estrella pálida quedó en la cruz de los hilos, corrigió la antena del sur antes de que el viento la desviara y empujó la palanca del emisor. El zumbido grave subió por la torre y se le metió en los huesos. Sintió el hombro derecho liviano, demasiado liviano, y por un momento esperó la mano que no llegaba. Después dejó de esperarla.

Tomó la bocina de bronce y leyó despacio, sin tropezar:

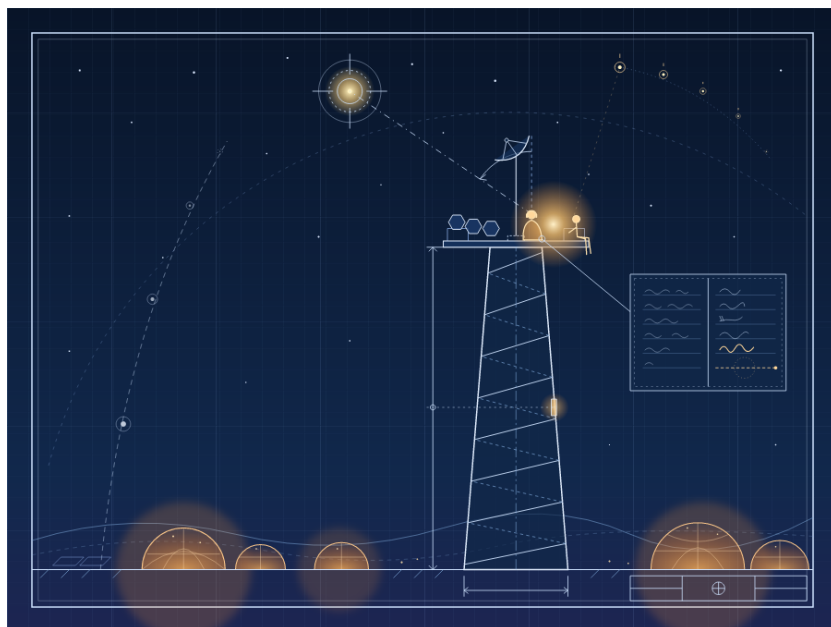
—Aquí el valle. Recibimos su nave y sus cartas. Somos

novecientos cuarenta. Ya no somos los que esperaban, pero los esperamos igual. Hacemos pan con hierbas que no son anís. Cantamos una canción sobre ustedes. El cielo aquí es violeta antes de ponerse negro, y en la torre seguimos limpiando los espejos aunque estén limpios. No necesitamos nada. Queríamos que supieran quiénes somos. Cambio.

Soltó la palanca. El zumbido se apagó despacio, como un trueno que se aleja.

Abrió el cuaderno grande y escribió la fecha, el estado de los espejos y la palabra «escucha». Al lado, con su letra grande y todavía insegura, escribió «respuesta enviada». Debajo hizo la cuenta, porque Odila le había enseñado a no dejar nunca una cuenta sin terminar: cuarenta años. Llegaría cuando él tuviera cincuenta y cinco, a gente que quizá todavía no había nacido.

Se asomó al borde de la plataforma. Abajo, en la ventana estrecha del peldaño ciento ocho, se veía la luz de un farol que no se había movido.



Sin novedad: las estrellas se encienden a mano.

CAPÍTULO 12

Mantener el faro encendido

La primavera llegó al valle con retraso, como todo aquel año. Primero se ablandó la escarcha de los techos y después el arroyo del norte empezó a sonar bajo el hielo. Una mañana, Nerea Ibarra encontró un brote verde en el tercer invernadero, entre las bandejas nuevas, y cruzó la plaza con él en la palma de la mano, como quien lleva una carta.

El deshielo era el plazo. Odila no lo había olvidado. Había prometido que, si para entonces no había pasado nada, bajaría los espejos con sus propias manos y con las de Lino. Ramira tampoco lo había olvidado, y convocó a la Junta de Aguas en el galpón de las bombas, entre los tanques y el olor a tierra mojada, en el mismo lugar

donde todo había empezado.

Esta vez nadie midió los espejos con cintas. Nerea llevó sus números, como siempre, pero eran otros: con los acumuladores nuevos y las bandejas de Itziar, el tercer invernadero ya no necesitaba el sol de la torre. Lo dijo mirando a Odila y con una sonrisa que no intentó disimular.

Fermín Aldao pidió la palabra y no dijo nada propio. Sacó del bolsillo de la camisa, del lado del corazón, el papel donde había copiado el mensaje de la Tierra, ya blando de tanto doblarlo, y leyó en voz alta una sola línea: «Mantengan el faro encendido». Después lo guardó.

—Lo pusieron los fundadores en un margen —dijo—. Y lo pusieron otra vez los de allá. Me parece que deberíamos ponerlo nosotros en algún lado que no se pierda.

La Junta votó por unanimidad, igual que en otoño, pero en sentido contrario. Ramira dictó la resolución y Fermín la anotó en su cuaderno, debajo de la última brazada de leña: la torre seguiría en funcionamiento, con escucha cada noche y el emisor listo, porque tal vez vengan otros.

—¿Y quién la va a cuidar? —preguntó alguien desde la puerta.

Todos miraron a Odila. Ella se tomó su tiempo.

—Lino —dijo—. Y la ingeniera Goñi, si quiere.

Itziar, sentada junto a los tanques con una manta prestada que ya nadie le pedía de vuelta, levantó la cabeza como si la hubieran llamado desde muy lejos.

—Yo no sé limpiar espejos.

—Usted sabe lo que yo nunca supe —respondió Odila—. Por qué funciona el caño de cobre, qué se puede arreglar con lo que trajeron, qué hacer si un día vuelve a romperse algo. Y él sabe lo que usted no sabe: qué peldaño cruje, cuál antena se desvía con el viento del sur y

para qué es la media gota. Dos relojes, comandante —agregó, buscando a Ismael entre la gente—. ¿No era eso?

Ismael asintió desde el fondo, sin hablar.

Itziar aceptó esa misma tarde. Lino le enseñó el ritual completo antes de que oscureciera, de norte a sur y en espiral hacia el centro. Ella preguntó tres veces para qué servía algo, y las tres veces Lino tuvo una respuesta que no era el nombre de otra persona. A cambio, ella le enseñó a leer los diagramas del sexto manual que Odila nunca había entendido. Al final de la semana, Itziar decía «valle» con la ve apretada contra los dientes sin darse cuenta, y Lino había empezado a decir «emisor» con todas las letras.

La parte de la Siempreviva que seguía en órbita podía regresar. Los técnicos la habían revisado durante el invierno, y los cálculos estaban firmados: seis años de viaje para quien fuera a bordo y cuarenta para la Tierra. Siete tripulantes decidieron volver. Entre ellos estaba el hombre callado que había cuidado los motores. Nadie se lo reprochó, y la plaza les entregó algo para llevar: las seiscientas frases escritas a mano, metidas en una caja de madera clara, para que alguien allá las guardara y las cuidara cada día, aunque no hiciera falta.

Ismael no estaba en la lista.

Se lo dijo a Odila una noche, en el borde de la plataforma, con el termo entre los dos.

—Allá no me espera nadie. No porque me hayan olvidado, sino porque el tiempo siguió su camino. Si vuelvo, llego tarde otra vez. —Miró el valle, donde las ventanas encendidas dibujaban las calles sin nombre—. Aquí me dieron una taza antes de preguntarme cómo me llamaba. No sé si eso es un hogar, pero se le parece mucho.

—Se aprende —dijo Odila—. Como el ritual. Primero se hace y después se entiende.

Él sacó la libreta de tapas grises y buscó la página de las palabras que no entendía: Junta de Aguas, la Oreja, estación, la casa azul. Se detuvo en «plaza», que seguía con su signo de pregunta. Lo borró con cuidado, con la goma del lápiz, hasta que no quedó ni la sombra.

La nave partió una mañana despejada. Todo el valle salió a verla. Fue una luz blanca que subió en silencio, se volvió un punto y después nada. Los niños la saludaron con la mano y esta vez nadie les dijo que desde allá arriba no se veía. Ismael miró hasta el final, de pie en el campo de los paneles del norte. Cuando ya no quedaba nada que mirar, Ramira le alcanzó una taza.

Esa noche, Odila subió a la torre por última vez como guardiana.

Lo hizo despacio, con Lino delante, Itziar detrás e Ismael cerrando la fila, por si acaso. Contó los peldaños aunque los sabía de memoria. En el ciento ocho se detuvo, apoyó la mano en la piedra fría y miró por la ventana estrecha el valle encendido, las cúpulas de los invernaderos brillando como brasas bajo un cielo que empezaba a ponerse violeta. Esperó a que la rodilla dejara de protestar. No era cansancio, se dijo. Era respeto por la altura.

Arriba, Lino y Itziar hicieron el ritual mientras ella miraba sentada junto a la trampilla. Los espejos, de norte a sur. Media gota en cada cojinete. Un cuarto de vuelta hacia el este y otro de regreso. La estrella guía en la cruz de los hilos. Itziar se puso los auriculares, giró la perilla grande hasta la marca roja y escuchó el siseo durante diez minutos exactos, contados en el reloj de arena por Lino, que no le quitaba los ojos de encima.

Después le acercaron el cuaderno grande.

Odila escribió la fecha, el estado de los espejos y la palabra «escucha». Al lado, con una letra que le salió temblorosa pero entera, escribió «sin novedad», y le pareció la frase más hermosa que había escrito nunca. Luego, al pie de la página, firmó con cuidado, como habían firmado Clara, Aurelia, la letra inclinada hacia la izquierda y

Benicio: Odila Marsán.

Debajo dejó una línea en blanco.

Lino la miró. Tenía el lápiz en la mano y no lo usó. Entendió, sin que nadie se lo explicara, que aquella línea no era para llenarla esa noche. Era para quien llegara, cuando llegara.

Odila le devolvió el cuaderno, se envolvió en la manta y pidió los auriculares. Itziar se los alcanzó. Ella cerró los ojos.

Ahí estaba el siseo, la lluvia fina sobre un techo muy lejano. Se acordó de la primera noche, cuando era una niña y Benicio le había prestado esos mismos auriculares y aquel sonido del cielo vacío le había dado miedo. Ahora sabía que el cielo no estaba vacío. Sabía que en algún lugar, detrás de una estrella pálida y sin nombre, una voz con su nombre todavía viajaba hacia la casa azul, y que una caja de frases viajaba detrás de ella, y que en la otra punta alguien quizá estaba limpiando una lente que nadie miraba.

Abrió los ojos. Las estrellas aparecían una a una, sin prisa, como si alguien las encendiera a mano.

Se quedó mirándolas largo rato con la boca un poco abierta, igual que aquella niña asustada que había subido los doscientos doce peldaños para preguntar qué se escuchaba. A su lado, sin decir nada, Lino se sentó en el borde de la plataforma y empezó a mirar también.

Doscientos treinta años escuchando. Siete semanas para aprender a llamar.

En el Valle Austral, a cuarenta años luz de la Tierra, Odila Marsán sube cada mañana los doscientos doce peldaños de una torre que nadie sabe para qué sirve. Limpia espejos limpios, aplica media gota de aceite y escribe «sin novedad», como hicieron los guardianes antes que ella. Justo cuando el pueblo decide desmontarla, llega una voz: la Tierra ha enviado una nave. Y la nave viaja apenas semanas detrás de su propio mensaje. Para guiarla, el valle tendrá que elegir entre el faro y el invierno. Para encontrarse, colonos y tripulantes tendrán que salvar algo más difícil que la distancia: el tiempo que a unos les pasó y a otros no.

«Una luz encendida dice dónde estás. Una luz cuidada dice que te esperaban.»

Tomás Arrieta y Marlon Falcón
Ilustraciones de Marta Ibarra